

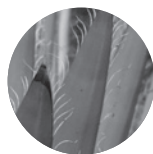


LETRAS
DEL DESIERTO

No olvides recordar

STELLA RIGEL J.H.

- NOVELA -



LETRAS
DEL DESIERTO

ING. JOSÉ MARÍA FRAUSTRO SILLER

PRESIDENTE MUNICIPAL DE SALTILLO

LIC. LETICIA AURORA RODARTE RANGEL

DIRECTORA GENERAL DEL INSTITUTO MUNICIPAL DE CULTURA

LIC. GABRIELA ROMERO PINTO

COORDINADORA EDITORIAL

SALTILLO, 2022

ISBN: 978-607-8419-69-2

D.R. Gobierno Municipal de Saltillo

D.R. Instituto Municipal de Cultura

© D.R. Stella Rigel Jaramillo Herrera

Editores: Leticia Rodarte/Gabriela Romero/Mario Villanueva

Corrección: Indira Kaiceros

Ilustración de colofón: Memo

quintanilla  ediciones

Diseño de la colección: César Ulises Nájera Zapata / Miguel Gaona

Diagramación: César Ulises Nájera Zapata

Fotografía de contraportada: José F. Ventura

www.quintanillaediciones.com

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

No olvides recordar

S T E L L A R I G E L J . H .



Saltillo
Gobierno Municipal
2022 - 2024



Saltillo nos une.



**Instituto Municipal
de Cultura**



La colección “Letras del Desierto” que presenta el Gobierno Municipal de Saltillo 2022-2024 es una plataforma que permite a los escritores locales, de diversos géneros, dar a conocer su obra. Está demostrado que el acercamiento a la cultura fortalece la identidad e inclusión social, cataliza la diversidad y es un eje transversal en el desarrollo local.

Dentro de las artes, la literatura es la que permite al ser humano expresarse por medio de las palabras para despertar la imaginación y abrir nuestros sentidos a otros universos, cumpliendo diversas funciones, entre las que destacan la estética, la ética social y educativa.

La literatura nos da la oportunidad de ampliar nuestro conocimiento a través del pensamiento creativo, y permite que nuestra imaginación converja con la realidad que el autor ha creado.

Uno de los principales objetivos del actual Gobierno Municipal es apoyar al talento local para crear un semi-llero cultural que tenga un impacto positivo en la sociedad. Impulsando estas actividades, fortalecemos nuestra

riqueza, así como el patrimonio artístico y cultural de Saltillo.

A través de proyectos como “Letras del Desierto” acrecentamos el impacto positivo en la sociedad que deriva del arte, y detona el nacimiento de más mentes creadoras que propician el surgimiento de escritores y escritoras en la ciudad, además de atraer a más ciudadanos al maravilloso mundo de la literatura.

José María Fraustro Siller
Alcalde de Saltillo

La mejor manera de motivar la creación artística y de fomentar la cultura es propiciar las condiciones para que existan receptores del quehacer y la producción cultural.

Razón por la cual el Gobierno Municipal de Saltillo 2022-2024, encabezado por José María Fraustro Siller, se ha dado a la tarea de impulsar un proyecto que tiene como objetivo estimular el talento de autores saltillenses y, a la vez, hacer de Saltillo una ciudad de lectores.

La colección editorial “Letras del Desierto” es un esfuerzo de este Gobierno Municipal, a través del Instituto Municipal de Cultura de Saltillo, por fortalecer el ecosistema cultural, educativo y artístico saltillense, permitiendo posicionar la obra de autores locales.

Saltillo es una ciudad que ha demostrado contar con talento para las letras en sus diferentes géneros. Este proyecto nos permitirá realizar un viaje de exploración que rescata el valor de nuestras plumas y letras locales.

Se da espacio a una multiplicidad de voces, haciendo eco en una misma colección. Será también atractivo para el lector la variedad y la accesibilidad de las creaciones que conforman “Letras del Desierto”.

Leticia Aurora Rodarte Rangel
Directora General del Instituto Municipal de Cultura



**No olvides
recordar**

“El dolor es un camino solitario”.

Isabel Allende

|

—Thierry despertó y está preguntando por Kristelle —dice una voz agitada detrás del teléfono que acabo de descolgar.

Después de escucharla, siento cómo mi sangre se desliza por mi cuerpo helándome los pies. El peso de la verdad me derrumba y aquí, tirada en el piso de mi casa vacía, regreso en mi mente a revivir la mentira.



Aquel día abrí los ojos y me encontré en un cuarto desconocido sin saber quién era y sin recuerdos previos al accidente que sufrí. Batallé para acostumbrarme a la luz. Me raspaba la garganta; un sabor a hierro en mi lengua me daba náuseas y me impedía pensar. Solo me aferré a la cama donde estaba. Cubrí mi cara con el edredón y con la esperanza de que el mundo se acabara para mí.

El reloj al lado de mi cama marcaba las 8:52. Su tictac, igual al de las máquinas que me mantuvieron con vida, hizo que mi mente volviera al hospital. Es ahí donde iniciaban mis recuerdos, que eran borrosos, como si hubiera vivido dentro de una burbuja, las voces que escuchaba eran indescifrables, opacas. Los rostros que veía estaban difuminados. No salían palabras de mi boca y, si salían, nadie las alcanzaba a escuchar. Me vi cubierta de sangre e incluso mi cuerpo

tenía memoria del dolor que había sentido. Como si me explotara cada célula del cuerpo.

Mis memorias empezaron a quedarse en mi cabeza a partir de la noche en que salí del hospital. Recuerdo a un hombre y a una mujer, que resultaron ser mis padres, empujando una silla de ruedas, repitiendo que todo estaría bien. Tenían una sonrisa en el rostro, como si estuvieran saliendo ilesos del campo de batalla. Me ayudaron con delicadeza a subir a un auto y, junto a la noche, los tres recorrimos la ciudad.

La preocupación podía estar lejos de sus caras, pero no de sus voces. Ellos trataron con toda calma explicarme que había sufrido un accidente; que había estado en coma por unos días; que desperté en shock y sin recuerdos. Sufría de algo llamado “pérdida de la identidad personal”. No me había quedado en el hospital porque mis heridas físicas habían sanado ya. El daño que quedaba estaba en mi mente. Ahí donde la ciencia y la medicina a veces no alcanzan.

Cuando el auto se detuvo, traté de salir por mi propio pie, pero, justo al bajar, mi padre, anclando mi cuerpo al suyo, me ayudó a caminar. Al fondo, alcancé a distinguir una casa de mármol blanco. Dentro reinaba la oscuridad. Mientras nos acercábamos a la entrada, unas luces a la orilla se encendieron y después, el interior. Ya dentro, subimos unas escaleras y llegamos a un pasillo idéntico a los del hospital, lleno de puertas. Abrieron una y me tendieron en la cama, en la que desperté.



Una vez que mi mente asimiló la realidad, me incorporé con dificultad, tomé una almohada y la coloqué en el respaldo de la cama para recargarme. Poco a poco, empecé a ver el cuarto con mis ojos, encontrándolo todo nuevo. Era increíble que ni siquiera mi propia recámara, el mismo lugar en el que había despertado por más de 19 años, pudiera parecerme familiar.

Todo era nuevo. La ventana de madera que cubría la pared de enfrente; sus cortinas, que terminaban en un espacio donde podías sentarte a mirar el tiempo. Tres pinturas colocadas estratégicamente en las paredes; tres bailarinas en tonos de sombra que daban escalofríos.

La puerta entreabierta del clóset me dejó ver un vestido negro que desentonaba con lo demás y que me murmuró las palabras de un recuerdo borroso y fugaz:

“Murió. Hoy es el funeral”.

Hasta que me levanté dejé de ignorar el mareo que sentía. Una vez de pie, el mareo se volvió intolerable. Opté por quedarme sentada en la orilla de la cama y, sobre el reluciente mármol del piso, mis ojos encontraron una fotografía en donde estaban dos jóvenes abrazados. La observé por un largo tiempo, del cual perdí la cuenta. Mi mente podía no recordarlo, pero mi alma sentía que el chico de esa foto era importante para mí. No le distinguía bien la cara porque él estaba volteando a ver a la chica que abrazaba, pero mi alma desconocía incluso si era yo.

La respuesta estaba escondida tras el espejo. Bastaba buscar mi reflejo y descubrirlo. Caminé hacia él y, aunque el miedo me paralizó, la curiosidad pasando por encima me hizo avanzar.

Me miré de arriba a abajo tratando de enfocar mi realidad: la chica de la foto era yo. Era. Con todo y la conjugación en pasado. Parecía que la luz en mis ojos se había quedado en aquel instante del tiempo, en aquel en el que tomaron esa fotografía. Sentí a la frustración patear mi estómago, porque para mí esa chica había dejado de existir. Yo era solo lo que quedó de un recuerdo que ahora también olvidé.

Seguía mirando mis ojos cuando escuché una voz conocida detrás de la puerta que preguntó:

—Kristelle, ¿estás despierta?

De inmediato, ese nombre trajo con él una imagen a mi cabeza: el momento en que cortaban de mi muñeca una pulsera con letras negras. Pensando en que el nombre me gustaba, ignoré que alguien afuera se quedó esperando una respuesta.

—Regresamos ya del funeral. ¿Quieres bajar y comer algo? —continuó.

Sin moverme, aguardé en silencio y escuché sus pasos alejarse.

Me acerqué a la ventana y recorrí la cortina. Me deslicé en esa especie de hueco y me dejé llevar por lo que vi: nieve, nieve por todas partes. Eso explicaba por qué había un calentador encendido cerca de la cama. Vi a todos afuera disfrutando del frío y la felicidad que la nieve regala. Me quedé ahí un buen rato. No tenía noción de cómo es que transcurría el tiempo, hasta que el sonido de golpes en la puerta me trajo de vuelta a la realidad. Giré la vista y vi a dos mujeres entrar; una de ellas dijo:

—No te asustes, Kristelle, soy yo.

Ya sin distorsión, mis ojos me presentaron a mi madre. Tenía un cabello lleno de rizos infinitos. Sus ojos eran del color de un cielo despejado de nubes. Sus manos aterciopeladas me acariciaron la cara y me hicieron sentir una suavidad que me recorrió el alma. La otra, la más joven, tropezó con una de las mesitas de noche al caminar. Se golpeó un pie y el grito que dio me obligó a verla. Su cabello, que no tenía rizos como los de mi madre, me hizo observar a detalle el mío. Yo tampoco tenía.

—Krist, ¿de verdad no recuerdas nada? —dijo al percatarse de que la vi.

—Amelie —recreminó mi madre—, ¿qué dijo el doctor sobre hacer esa pregunta? No confundas a tu hermana.

Con una voz más dulce continuó dirigiéndose a mí:

—Todo va a estar bien, Kristelle. Los doctores dijeron que tu cerebro no está dañado, que esto es solo una confusión temporal que se irá con el tiempo. Bueno, eso ya lo platicamos anoche; lo recuerdas, ¿verdad?

Yo negué moviendo la cabeza.

—Mmm, okey. Quítate ya la pijama y baja. El desayuno está listo.

—Si quieres, te ayudo a cambiarte —dijo mi hermana en su papel de salvadora.

—No, hermana, gracias. Ya vi dónde está el clóset.

Sin darme cuenta, asimilé el sonido de mi voz. Era la primera vez que la dejaba salir de mi cabeza.

Ellas asintieron y se marcharon cerrando la puerta.

No me fue complicado cambiar mi ropa porque dentro del clóset estaba todo en orden. Cada tipo de prenda, con cada tipo de tela y, como si eso no fuera suficiente, por color. Me vestí con lo primero que encontré. Caminé otra vez hacia el espejo, que seguía sin nada nuevo por contar. Esto me hizo volver a la fotografía, por lo tranquilizante que era verlo a él, y desear que el tiempo regresara al día en que la tomaron.

IV

Abrí la puerta y salí caminando lento. Esta velocidad me permitió observar a detalle mi casa. Crucé el pasillo que ahora estaba bien iluminado y que ya no parecía el del hospital. Bajé uno a uno los escalones, que sentí infinitos. El barniz del barandal entre mis manos contrastaba con la luz.

“Impecable” fue la única palabra que encontré en mi mente amnésica para describir el lugar. Quizás de ahí provenía mi obsesión por el orden.

En general, me sentía caminando en la casa de un excéntrico, me parecía innecesario tanto espacio.

Terminé de bajar y llegué a la sala; la cuestión era adivinar el camino correcto a la cocina. Dejé que me guiara el instinto. Crucé habitaciones de las cuales solo pude espiar un poco. Al final, más que el instinto, fue un olor en el ambiente el que me guió.

En la cocina, un gran ventanal dejaba al descubierto poca luz y algo de nieve. Como había dicho mi madre, el desayuno estaba listo; ella y Amelie ya estaban sentadas. Me alegré de que fuéramos las únicas, no quería reconocer a nadie más en ese momento. Arrastré una de las sillas vacías y, en lugar de verlas a los ojos, me senté observando el humo que salía de un tazón lleno de *hot cakes*.

Tomé uno y decidí aventurarme a probarlo, por segunda vez, si queremos ser realistas. Era curioso recordar el nombre de las cosas, pero no su aroma ni sabor. Mi madre miró extrañada mis movimientos pausados.

—Kristelle, siempre comes tus *hot cakes* con Nutella. Está en el refri.

Amelie se levantó y rápido sacó el frasco del refrigerador, lo dejó en la mesa junto a mi plato y un cuchillo para untar. No sabían mal sin nada, en el hospital solo me habían dado sopa fría y agua de piña, su mal sabor era imposible de olvidar. Así que un *hot cake*, incluso sin Nutella, sabía mejor.

Unté el pedazo sobrante y después de la primera mordida, me quedó claro de lo que me estaba perdiendo. Tomé otros dos del tazón y, junto al vaso con leche que tenía, me dediqué a disfrutar de lo que fue mi primer desayuno en casa.

—Me alegra que te quitaran la dieta desde hoy. Hacía tiempo que no preparaba tu desayuno favorito.

—Gracias, mamá. Podemos seguir considerando este como mi favorito.

Estaba a punto de terminar cuando escuché el sonido de la puerta abriéndose y que alguien entró.

—Hola, Kristelle —dijo ese alguien, quien después me dio un beso en la frente. —Hola, familia.

Era mi padre. Su voz, que sí me resultaba familiar, era la que me había explicado sobre el accidente la noche anterior. Su mirada de miel tranquilizaba, lucía joven. En ese momento me invadió la tristeza de no saber quiénes eran esas personas tan cercanas a mí, de haberlo olvidado y de cómo de un momento a otro todo se había vuelto insignificante.

Mi padre se sentó a mi lado y tocando mi hombro se sirvió un par de *hot cakes* con Nutella. En otras circunstancias, este detalle me hubiera pasado desapercibido, pero ahora que no había nada en mi cabeza, lo que pudiera almacenar era importante. Todo se había vuelto material coleccionable.

Al terminar el desayuno, mi padre se levantó a tomar dos tazas del gabinete, se acercó a la cafetera, las sirvió al tope y dijo:

—Lo dejé preparado antes de irme esta mañana. Espero te guste. Aunque debo decir que soy un experto, soy el que mejor te lo prepara, según tus propias palabras.

—Primero, creo que deberías decirle que ama tomar café, querido.

Sonreí sin decir nada, pero por dentro, el primer sorbo de café hizo que el frío de la nieve en mi mente se derritiera. Y su aroma entrando por mi nariz se volvió de pronto conocido: era el que me había guiado hasta la cocina.

Y de eso se trató mi vida por un tiempo. Dejar que gente a la que yo no recordaba me contara lo que me gustaba y lo que no.

—Prefiero terminar mi café en mi cuarto, si no les molesta. Gracias por el desayuno.

Me levanté y tomé el mismo camino por el que llegué. Al menos ya lo había memorizado. Quería dormir un poco más, descansar del mareo que sentía, que no era para nada como el del hospital, pero que tampoco se iba. Era como sentir el giro infinito que da la Tierra. Abrí la puerta de mi cuarto y me recosté a la mitad de la cama, que seguía sin tender. La paz momentánea que me invadió se interrumpió por unos pasos subiendo de prisa la escalera. Le siguieron unos pequeños golpes en la puerta que dio Amelie, quien, sin esperar respuesta, entró.

—El doctor sugirió que te ayudáramos con ese desorden de amnesia que tienes. Mi mamá me eligió a mí para ser quien empiece. Claro, entendería si tú no quieres.

“Es tu hermana, de las únicas personas en las que podrás confiar ahora”, susurró una voz dentro de mí. Solo me interesaba saber quién era el chico de la foto y ella me estaba ofreciendo respuestas. ¿A quién debería confiarle, el contarme a su manera, quién era yo?

Amelie se respondió sola y empezó a caminar hacia la puerta, arrastrando sus ganas de ayudar.

—Espera —dije antes de que saliera.

Ella giró con su rostro iluminado por una sonrisa la cual se deshizo al terminar de escuchar mi primera pregunta.

—¿Quién es él? —dije señalando la foto.

V

Amelie observó la fotografía con dolor.

—Sabía que me preguntarías eso, aunque no esperaba que fuera tan pronto.

—¿Y bien?

—Perdón —titubeó bajando la mirada—, es que no sé cómo decírtelo.

—Solo dilo, Amelie.

—Primero tengo que explicarte algo.

—Si es sobre el accidente, lo sé todo.

—No, no lo sabes todo. Él iba manejando.

—¿Quién es y dónde está? —dije expulsando las palabras con rapidez por la presión que sentí.

—Thierry —dijo volteando al techo, huyendo cobarde de mi mirada—. Era tu novio.

—¿Era?

De nuevo esa palabra. Escucharla me hizo querer vomitar mi desayuno favorito.

—Bueno, es que él... —pausó por unos segundos tratando de respirar valor—. Kristelle, lo siento. Él no sobrevivió.

Palidecí y, entonces, al verme con la mirada perdida, continuó.

—Ese vestido negro lo alistamos por si te levantabas para ir al funeral —dijo volteando hacia el clóset, como hablándole a él y no a mí—. Pero no despertaste a tiempo, has estado bajo el efecto de medicamentos muy fuertes.

Sus palabras eran tan inmensas que no cabían en mi cabeza, por más vacía que estuviera.

Hasta cierto punto prefería odiarlo. ¿Cómo puede alguien morir y así de golpe llevarse tus recuerdos? En definitiva, eso podía alejar cualquier lágrima. ¿Y que no es eso lo que quieren los muertos? Que no les llores nunca. Sentía la gran necesidad de saber más sobre él. Él me dolía más que la cabeza.

—Podrías hablarme más de Thierry —dije cuando recuperé el aliento que había perdido con el shock de la noticia.

—No, Kristelle, no. No me pidas eso. Esto es muy difícil para mí también; acaba de morir, ¿no ves? —una lágrima falsa le recorrió la mejilla cerrando perfecto su actuación.

No era el dolor de la muerte lo que la hacía llorar. Era un dolor diferente, se trataba de mentir sabiendo que me estaba apuñalando el corazón.

—Entonces, no quiero saber nada. ¡Déjame sola!

Amelie se limpió las lágrimas con la manga sucia de su suéter gris y me miró extrañada. No esperaba que yo únicamente estuviera interesada en Thierry. Era obvio que no quería involucrarse mucho en el tema del novio muerto. Así que salió corriendo.

Mi madre, quien había escuchado todo detrás de la puerta, entró sosteniendo en una charola un vaso con agua y una caja con pastillas.

—Toma dos —me dijo—. Este medicamento te ayudará a dormir. Aún estás muy confundida, necesitas descansar. Ojalá mañana te sientas mejor.

Yo no necesitaba pastillas. No necesitaba dormir. Necesitaba que me explicaran las cosas con la verdad y no lo hicieron. Pero ese día las tomé. Las tomé y me quedé sumida en las palabras que no dije y así dormí.

En sueños, regresé al lugar del accidente. Vi el auto volcado, partido en dos, sin forma. Rastros de sangre como tentáculos dibujados en el asfalto. Mis ojos veían por un segundo y luego ya no. Humo. Oscuridad. Llamas. Oscuridad. El cielo. Oscuridad. Thierry arrastrando su cuerpo hacia el mío. Yo no quería cerrar los ojos, no quería dejar de ver los suyos. Cuando llegó hasta mí, estaba ardiendo. Su cuerpo ardía. Era un volcán desprendiendo un río de sangre del estómago, que me fundió en un abrazo. Y no volví a abrir los ojos hasta despertar, ante la tortura de saber que él ya no iba a arrastrarse hacia mí.

A partir de entonces, los días fueron todos iguales: tomar un baño, vestirme, bajar a desayunar. Tomé la decisión de encerrarme en otra burbuja, en la de la rutina, y así no tener que hablar con nadie. No sabía si eso era del todo necesario, pero en ese momento me ayudó. No soportaba el ruido, y todo es ruido cuando no logras entender tu realidad. Me refugié en mi iPad, que encontré en un cajón de las mesas de noche. Escuchaba música hasta que llegaba la hora de apagarme con pastillas.

Luego de cuatro días, que transcurrieron con la exactitud de un mapa, me agendaron una cita con un psicólogo, quien, en la comodidad de mi cuarto, intentó hacerme una regresión. Pero yo no rebobinaba más que hasta el día del accidente. En la siguiente cita hizo lo mismo y en la tercera logré retroceder un poco más.

Vi un carro del lado contrario, derrapando hacia nosotros; a lo lejos se escuchaba Violet Hill como música de fondo.

“If you love me, won’t you let me know?”.

Y el estruendo.

VI

Empecé un nuevo día; uno más en el que hablaba, pero me olvidaba de casi todo justo después de decirlo. Porque no tenía sentido hacer otra reserva de memorias donde ya no existía nada. Ni siquiera sueños frustrados, porque no sabía si los tenía. Mi vida estaba destinada a ser olvido.

“Dar un paseo me ayudaría mucho”, pensé al ver las cortinas entreabiertas. Con esa idea bailando por mi mente escuché la voz de mi madre.

—Kristelle, tu comida está lista —dijo asomando la cabeza por la puerta.

No estaba en condiciones de negarme a comer. No había desayunado y ya pasaban de las 3 de la tarde. Bajé y encontré vacía la cocina. Los platos eran uno para mí y uno más para la nada, que ya me acompañaba siempre.

Cuando regresé a mi cuarto, desde una nueva perspectiva vi un montón de libros debajo del espacio que había nombrado como “lugar para ver el tiempo pasar”. Me preguntaba si acaso los había leído todos y, más aún, cuál era mi favorito. Como no iba a estar ni cerca de recordarlo, aunque me hicieran siete regresiones, me decidí a iniciar en la lectura, una vez más, como los días.

Una de las cosas que descubrí en mí en ese preciso momento, y que aún sigue siendo cierta, es que me costaba trabajo tomar decisiones. Escoger un libro de entre 70 iba a ser difícil. Los tomé uno a uno entre mis manos hasta dar con una imagen muy parecida a la que había visto en la ventana el primer día: nieve, árboles y una cabaña. Salía sobrando la cabaña, pero lo demás llamaba mi atención.

Me pasé la tarde entera entre sus líneas, me hipnotizó. Iba a la mitad cuando cambié de actividad.

Bajé las escaleras sin saber que seguía sola. Llegué hasta la cocina sin toparme a nadie. En la estufa había una tetera que me dio la idea de preparar un té. Sabía que sería una tarea difícil, pero de cualquier manera la intenté.

Lo primero que hice fue revisar si la tetera tenía agua. Encendí después de varios intentos la flama de la estufa, el siguiente reto fue buscar el té. Abrí cuatro cajones sin éxito. Cuando por fin lo encontré, tomé rápido el primero que vi. Después busqué una taza para servirlo; elegí una transparente. Me recargué en la barra del desayunador y

meforcé a mí misma a recordar, hasta que el ruido de la tetera anunciando que el agua estaba lista me asustó.

Subí con mi taza en la mano. El sabor elegido al azar resultó ser manzanilla con lavanda, lo leí en la orillita de la bolsa. Dejé la luz apagada y me senté, ya sin leer, en mi lugar especial. No quería terminar aún. Creí tener tiempo suficiente para eso.

La noche se asomó hermosa por la ventana y entonces recordé el lindo paseo que había planeado en la mañana. Sin nadie en casa, era el momento ideal para salir. Tomé mi iPod de la mesa de noche, porque él mejor que nadie podía decirme cuáles eran mis canciones favoritas. La música se recupera fácil. La melodía se acompaña de recuerdos y las letras no se olvidan nunca. La luna y las estrellas me tranquilizaron enseguida.

Pensaba caminar una o dos cuadras cerca de casa; calcular cada paso para aprenderme el camino de regreso. Cuando el frío fue demasiado para soportarlo, regresé. Sentí que, al entrar, la paz y la tranquilidad se quedaron fuera. Escuché el televisor encendido y a mis padres en la sala. No había rastro de Amelie, pero por lo que vi, nadie se había dado cuenta de que yo no estaba. Bien podría haber huido a China y ellos seguirían sin enterarse. Subí a mi cuarto haciendo el menor ruido posible.

Más tarde, Amelie entró a mi cuarto sosteniendo un plato con pizza y un vaso con refresco. Yo seguía dando

shuffle a mis canciones favoritas sentada en mi lugar especial.

—¡Oh! Encontraste tu iPod, antes nunca lo soltabas.

Y entendí el porqué. Sabía que, si yo estaba hecha de algo, era de música.

—Te traje esto para que cenes. Voy a dejarlo aquí y me iré len-ta-men-te. O puedo quedarme a platicar.

—Gracias. Me gustaría que te quedaras.

Mi humor había cambiado y Amelie era mi archivo de información.

—No te has perdido de mucho, fuimos a visitar a la abuela, quien no deja de preguntar por ti. Cuando hay frío ella no sale de casa. Espero y la próxima semana puedas venir con nosotros. Es difícil cuando toda su curiosidad está solo sobre mí. Preparó un pastel de zanahoria riquísimo. Es tu favorito.

Era sencillo pasar el rato con ella; yo no tenía que hablar, Amelie lo hacía por mí mientras cenaba. Era como una televisión encendida en mi canal.

—Extraño mucho ir de compras a La Gran Plaza, amábamos hacerlo juntas. Sigo sin entender por qué te gusta ir en tren y no en auto. Supongo que ahora podría llevarte yo a ti, pero soy mala con eso de las paradas.

—Suena bien, ahora no me apetece salir, quizás en unos días.

—¿Te sientes mal? Yo le dije a mis padres que era algo pronto para traerte a casa, pero ellos insistieron en que sería mejor así, que eres fuerte y siempre encuentras cómo salir adelante. Pero yo puedo hablar con mamá y te llevamos de nuevo al hospital.

—No, no me siento mal —le dije apurada.

No quería que intentara convencer a todos de que debía regresar al hospital.

—Oh, bueno. Menos mal. Anda, termina tu pizza, que muero por un poco más del pastel de la abuela.

—¿Cómo se llama?

—Pastel de zanahoria —repitió lento.

—No, Amelie. Ja, ja, ja. ¡La abuela!

—¡Ah! Ja, ja, ja. Se llama Finn, es la madre de mamá —dijo haciendo ademanes con las manos como para que yo entendiera mejor—. Es la única que nos queda. Por suerte, vive por aquí, solías ir a su casa por las tardes saliendo de la escuela. Te hará bien verla. Pero la abuela pregunta muchas cosas, mejor después o va a aturdirte la cabeza.

“Como haces tú”, pensé.

—Sí quiero visitar a la abuela. Quizás mañana puedas hablarle por teléfono y así le doy las gracias por el pastel.

—¡Claro! ¿Te lo traigo ya?

—No, bajemos un rato. Quiero saludar a papá.

Yo sostuve mi plato y Amelie tomó el vaso de mi mano cuando casi pierdo el equilibrio bajando la escalera. Llegamos juntas a la sala.

—Kristelle, ¿cómo te sientes? Espero que no te moleste que hayamos dejado a tu hermana subir un rato —dijo mi padre al verme.

—Estoy bien, hoy me siento bien. He leído un poco —dije rascando mi cabeza, mirando al piso y haciendo una mueca tímida.

—Me encanta escuchar eso, hija. Es tu pasatiempo preferido. Mañana podemos ir a comprar algún otro libro. Ya leíste todos los que hay en tu cuarto.

—Gracias, papá, pero no recuerdo haber leído ninguno.

Fui camino a la cocina y corté dos grandes pedazos de pastel que puse en platos separados. Mis padres veían una película, así que nos sentamos con ellos. Cuando terminé el pastel, me levanté y me fui sin decir nada, pero me quedé a observarlos a través del cristal que había en la puerta de la sala. Estaba segura de que los amaba, podía sentirlo. Me dolía en el alma no recordarlos.

“Ya tendrás tiempo para conocerlos”, me dije.

VII

Al día siguiente, un sonido de alarma me despertó. Cuando abrí los ojos, supe que ese sonido tan malo no podía ser buena señal. Busqué con desesperación el origen del molesto chillido y descubrí un celular hundido tras el respaldo de la cama.

8:00 a. m., 18 de diciembre. UNIVERSIDAD.

Leí el mensaje en la pantalla del aparato que hasta entonces había permanecido apagado, en silencio y sin molestar.

—Kristelle, levántate, tienes que ir a la universidad —gritó mi madre desde abajo con la voz sofocada.

¿Universidad? Como si no fuera suficiente con todo lo que ya me pasaba, tenía ahora que ir a un lugar lleno de gente que no recuerdo. ¿A qué se supone que iría? ¿A aprenderme los nombres de todos, otra vez?

—Lo siento, madre, voy a pasar —dije asomando la cabeza por la puerta.

—Kristelle, por favor. Es tu último día, solo tienes que ir por calificaciones y otros papeles.

—Pues si es solo eso, ¡ve tú!

—No me permiten ni siquiera entrar. Fue muy difícil arreglar lo de tu ausencia estos días, por lo menos haz acto de presencia.

—Manda a Amelie o qué sé yo. Diles que me encerraste en un hospital psiquiátrico y que los psiquiatras no van a dejarme salir nunca.

—Deja de hablar así. Anda, tienes que salir. Estás bien, todo esto es momentáneo. Entre más tiempo te quedes en este cuarto y en esta cama menos vas a recordar. Ya te dieron de alta, no hay nada que te detenga de seguir.

—Entonces, ¿por qué no me dejas aquí pensando, para acordarme de todo? Además, mi cama no tiene nada de malo. Me gusta mi cama —dije mientras la vi entrar sonriendo, a pesar de mi mal comentario.

Ella continuó con seriedad:

—Kristelle, no vine a preguntarte. Tienes que estar lista antes de las 10 —suspiró—. Y baja a desayunar. No quiero repetirlo.

Mi alarma volvió a sonar, esta vez pidiéndome que continuara con mi vida. Encendí mi celular y no tardé ni un minuto en arrepentirme. Un sinfín de mensajes, notificaciones y llamadas lo bombardearon.

Usé el tiempo de la ducha para relajarme y no para pensar cómo vestirme. Así que me vestí con lo primero que me pareció adecuado. Antes de salir del cuarto, me puse mis audífonos: había decidido que la música fuera la directora de mi vida y así seguir sin escuchar a nadie.

Cuando bajé las escaleras sonaba *Bitter Sweet Symphony*, que me hacía sentir en otro cuerpo y en otra vida.

Me dirigí a la cocina haciendo caso omiso al apuro de todos y subí a la camioneta, en donde también esperaba Amelie.

El fastidioso celular no dejó nunca de vibrar. Ya ni siquiera lo veía, lo dejé ser. Esperamos cinco minutos a que mi madre se subiera. Mi padre se alejó en su auto. Yo me ocupé en disfrutar mi música, ignorar el celular, mi alrededor y a los demás.

Llegamos a las 11 en punto a un edificio tan blanco como escalofriante. Bajé y esa sensación de no poder controlar mis piernas regresó. Me congeló el horror de estar frente al misterio que ese edificio reflejaba. Mi casa, mi recámara y la noche eran los únicos lugares que me había permitido conocer.

Amelie me hizo compañía hasta llegar a mi salón. Las ventanas dejaban entrar libre la luz del sol y el frío que quedaba de las tormentas de nieve. Estaba lleno también de mis compañeros desesperados por salir: encima de las bancas, sobre el escritorio y cerca del pizarrón.

Cuando entré voltearon todos a verme y hasta la música en mis oídos se pausó. Alcancé a ver la última banca vacía y, sin exagerar, volé para llegar a ella. Era muy difícil caminar entre tantas miradas que sí recuerdan mi rostro, el cual yo desconocía frente al espejo.

—Hola —dijo alguien parado frente a mí.

—Hola —me limité a contestar.

—Kristelle, ¿cómo estás?

—Bien, pero prefiero estar sola. No tengo cabeza para responder preguntas ahora.

Detrás del ruido de un timbre entró un profesor alto y de cabello rubio, quien vestía muy elegante. Podría pasar por un alumno más, pero el aire de determinación con el que se movía lo distinguía de entre nosotros.

—Buenos días, ¿listos para las vacaciones?

Seguido de eso, se dedicó a hablar y hablar y hablar más. Lo cual me pareció perfecto, así no tenía yo que intervenir. Lo único que hice fue ignorarlo, hasta que vi que empezaron a pasar hojas en blanco. En ese instante, ya era tarde para querer poner atención. Apagué la música que había estado escuchando durante todo el discurso e intenté descifrar lo que pasaba.

—Por último, realizaremos un ejercicio, escriban su nombre en la parte de arriba de la hoja.

Sabía que mi nombre era Kristelle, pero no tenía la menor idea de cómo se escribía. Estaba tan abrumada que

mi mente decidió ayudar. Y recordé aquella pulsera que cortaron de mi muñeca al salir del hospital.

“Kristelle Stemberg, 19”.

Lo escribí para que ni el viento ni mi amnesia se lo llevaran de nuevo.

—Se trata de que hagan un dibujo sobre algo que los defina, que de verlo sepan que son ustedes. Para soltar un poco la creatividad antes de irse.

“¿Quién se cree que soy? ¿Picasso? Quiere que haga un dibujo de lo que no estoy ni enterada”, me dije.

Luego de 10 minutos, pasó uno de mis compañeros por las hojas. La mía estaba igual, con la única diferencia de que ahora tenía mi nombre bien escrito.

—Entregaré sus calificaciones y después pueden irse.

Encendí la música de nuevo en un volumen que me permitía escuchar los nombres de cada compañero y esperé a escuchar el mío. Mientras tanto, las caras pasaban sin dejar rastro en mi memoria.

—Kristelle, Kristelle, ¡Kristelle Stemberg! —repitió el profesor hasta que todos fijaron la vista en mí.

Caminé hasta el escritorio con mis piernas temblando. Tomé las calificaciones de la mano del profesor y fui la única que, siguiendo la instrucción, intentó salir corriendo de ahí, lo cual no le pareció bien.

—Kristelle, ¡regrese acá! ¿No cree que todo lo que ha hecho el día de hoy es una falta de respeto?

—No —contesté sin pensar.

—¿Se siente bien?

—No.

Parecía que solo esas letras estaban programadas en mi mente.

De pronto, entró un joven al salón. Alto, de complexión atlética, con una barba que no se le veía nada bien. Tenía ojos cafés y nariz grande. Le faltaba la respiración; algo lo había hecho correr para llegar a tiempo.

—Perdón, profesor. ¿Me permite un segundo?

Me quedé ahí, helada frente a todos, mientras el desconocido murmuraba unas palabras al oído del profesor.

—Kristelle, una disculpa; de verdad lo siento. Matthieu va a acompañarte.

¿A dónde y por qué? Digo sí, me salvó, pero nadie se lo había pedido. Yo tenía toda la situación bajo control.

—¿En qué diablos estabas pensando al entrar aquí tú sola, Krist?

—Pregúntale a mi desquiciada madre —dije sin filtrar una a una las palabras antes de decirlas—. No fue cosa mía, Math... —continué frunciendo el entrecejo.

—Matthieu. Perdón, qué malos modales tengo. Soy Matthieu Roux —dijo mirándome a los ojos y riendo—. Soy tu mejor amigo, tal vez debí empezar por ahí.

Se quedó esperándome a que lo abrazara o le respondiera algo, pero yo no hice ni dije nada.

—En fin, pudiste haber llamado o igual y responder alguno de mis tantos mensajes.

“Ajá, conque eras tú”. Claro, solo podía ser obra del mejor amigo. Él se veía un poco menos interesado que Amelie en recuperar su lugar en mi vida. Yo lo seguí, sin decir nada.

—Entonces, ¿vamos por un café? —dijo en su último intento de hacerme hablar.

—¿Qué te hace pensar que quiero ir por un café?

—Pues que te fascina el café, tal vez.

No supe qué responder. No era sencillo, ¿cómo vuelve uno a comenzar? ¿Dónde está el procedimiento, qué instrucciones debería seguir? ¿Vivir así, sin más? ¿Soltando el pasado?

—Vamos, ¿que acaso hay algo mejor en tu agenda el día de hoy?

Ese fue un buen punto.

Mientras hablábamos, se nos aproximó un chico alto y delgado. No había notado que todas las personas cercanas a nosotros en el pasillo nos observaban, hasta que este llegó. Se le veía toda la intención de hablar conmigo, pero Matthieu se acercó a él y lo detuvo. Lo tomó por encima del hombro y lo alejó de mí.

—¿Qué hay, amigo? —Matthieu susurró algo en su oído, tal como hizo con el profesor. El desconocido me miró desconcertado y se fue.

Fueron dos segundos, quizás, los que su mirada se cruzó con la mía, pero suficientes para hacerme sentir la similitud entre nosotros, sus ojos vacíos también estaban llenos de lágrimas.

—¿Quién es él? —dije sin quitarle la mirada mientras se alejaba.

—Es Gustav, Krist.

—¿Y? Necesito más información.

—Era el mejor amigo de Thierry.

—¿Él ya sabe que murió?

—Sí, Krist —dijo por primera vez sin mirar directo a mis ojos y tocándose el lado izquierdo de la cabeza.

En ese momento pensé que su respuesta era así porque le dolía recordar a Thierry, no porque me estuviera mintiendo. Y llegué a pensar que ser la amiga enojada y frustrada con la vida no iba a servir de nada. Así que decidí cambiar mi actitud a la amiga triste, necesitada de respuestas. Me detuve y, cuando Matthieu volteó a verme, dije con voz dulce:

—¿Cómo murió Thierry?

—Voy a ser sincero contigo: no es por mí esto de tener que negarte información. De hecho, lo detesto. Jamás había existido algo que yo te tuviera que ocultar, pero hice una promesa y mi palabra es lo único que creo que tengo.

A pesar de lo molesta que me resultaba su respuesta, no tenía nada que decir. Por un lado, creí todo lo que me dijo y, segundo, que me contara de nada iba a servir. Saber cómo murió Thierry no iba a regresarlo a la vida.

—Podemos enfocarnos en ti —prosiguió—. Perdimos a Thierry y es un hecho lamentable. Te duele a ti y a Gustav y a todos, pero esto no puede seguir así. Ya pasaron más de

dos semanas del accidente y tu amnesia no parece tener solución.

—No es fácil.

—Yo sé que no lo es y no lo será. Quizás sea lo más difícil que has hecho. Pero si quieres, puedes —hizo una pausa, suspiró y siguió—. “Lo quieres, lo tienes”. Decías lo mismo siempre. Tú me lo enseñaste.

“Lo quieres, lo tienes”. Esas palabras hicieron un eco sordo en mi interior, como si me pertenecieran y se hubieran colocado de nuevo en su lugar. Me quedé mirando a Matthieu como si él fuera la solución a mis problemas. Y luego, al darme cuenta, terminé tajantemente con esas miradas.

—Como sea, ¿tú qué sabes?

Si hubiera esperado al menos dos segundos, mis hirientes palabras no habrían sido necesarias. Matthieu y yo estábamos justo al lado de la puerta de salida, pegados a los casilleros, cuando Amelie apareció de repente.

—¿Tienes hambre?

Me desquiciaba el tono de amabilidad con el que me trataban; no me gustaba en lo absoluto su compasión. No quería ni una gota de lástima por mí.

—No —contesté molesta.

—Okey. ¿Ya quieres que le hable a mamá para que venga por nosotras?

—Haz lo que quieras.

Me daba igual lo que siguiera o lo que el destino tuviera preparado para mí. Todo se había vuelto irrelevante.

VIII

Parecía que alguien me había estado taladrando la cabeza durante el transcurso de la noche. Por más que se lo ordené a mi cerebro, no pude abrir los ojos, no podía ni siquiera mover un dedo. Minutos después, mi madre entró en mi habitación a revisar que siguiera con vida. Se sentó junto a la cama despacio, sin hablar.

—No me siento bien, me duele la cabeza.

—Hoy tienes cita con el doctor, ya nos explicará él a qué se debe. Vamos, te ayudaré a vestir.

Mi madre me ayudó a hacer todo lo que yo no pude. Para variar, no recuerdo cómo es que llegamos al hospital. Pero tengo presente la sensación de estar afuera esperando en una silla de ruedas. Tal como había salido de ahí, ese día estaba entrando.

Mi cuerpo inmóvil alcanzaba a ver cómo el piso se movía bajo mis pies mientras me em-

pujaban. Levanté por un segundo la mirada y alcancé a ver a Gustav en el pasillo de enfrente. No se me ocurría una razón para explicar por qué él estaba ahí, pero podría estar segura de que una migraña no era.

Ahora que todo me hace sentido, lo más seguro es que haya estado con Thierry, pero esos detalles que antes faltaban hoy me sobran.

Llegamos a la sala de espera.

—Kristelle Stemberg.

Dijo una enfermera haciendo contacto visual conmigo.

—Puedes pasar, el doctor te está esperando.

Dos enfermeros me colocaron sobre una camilla amplia. Acto seguido, me volvieron a conectar todo tipo de aparatos médicos.

No hice ningún esfuerzo, dejé que ellos hicieran su trabajo, moviendo mi cuerpo tanto como fue necesario. La migraña era tan fuerte que realmente no sentía si me estaban causando algún otro dolor.

Supongo que gracias a la droga que me administraron es que tuve acceso a unos recuerdos guardados en mi inconsciente.

El doctor les pidió a los enfermeros que salieran junto con él. Luego de 20 minutos, regresó acompañado por mi padre.

—Después de algunos días que me he tomado para deliberar el caso de Kristelle con todo el jurado de médicos, debo decir que es una joven con mucha suerte.

Me reí sarcásticamente, y esto no le pareció bien a nadie.

El doctor continuó:

—El hecho de que tenga un severo dolor de cabeza el día de hoy indica que debe dejar el medicamento. Correré algunos estudios más, pero es probable que la inflamación en su cerebro esté muy reducida y ella, fuera de todo peligro.

Salió de la habitación mirando a mis padres por separado y después a mí. Por cinco minutos nadie dijo nada. Era obvio lo que nos preguntamos: si mi cerebro ya no estaba inflamado, ¿por qué aún seguía sin recordar quién era? ¿Era así como iba a quedarme el resto de mis días? ¿Sin identidad propia, sin pasado?

Me dormí y cuando desperté seguía en el hospital, pero sola. Pasé un rato aturdida hasta que entró una enfermera y me sonrió. Mientras ella hacía su trabajo, yo volteé a la pared para no poner mi mirada en ella y no incomodarla.

—Te ves mucho mejor que antes —dijo, esperando una respuesta—. ¿Has recordado algo?

Inhalé e hice una pausa, no quería compartir las pocas cosas que había logrado recordar con una desconocida.

—No. Empecé a recordar los días en que estuve aquí y un poco del momento del accidente. Todo lo demás se ha ido.

—Has tenido mucha suerte.

“Eso es lo que todos dicen”, pensé.

—Los pacientes que entran aquí por las mismas razones que tú no se van a su casa una semana después. Ni siquiera son capaces de hablar o moverse.

Por primera vez sentí que lo que ella decía era verdad. No podía ir por la vida con una actitud antipática. Sin recuerdos, quizás, pero había sobrevivido y Thierry no. No tenía pasado, pero futuro sí y estaba en mis manos hacerlo mejor. Todo seguía siendo mío. Solía recordar cuando frecuentaba lugares donde estuve antes o haciendo las mismas cosas. Tal vez acercándome un poco a mi vida pasada encontraría mis recuerdos.

Le regalé una sonrisa como la que ella me regaló cuando llegó. Mi madre y Amelie entraron en ese instante con un ramo de rosas de colores. Las miré todavía sonriendo y pude sentir que ellas estaban viendo por primera vez después de muchos días a la Kristelle que habían perdido.

Amelie se sentó al lado de la cama y me dio un abrazo fuerte, uno de los que solo se dan con el corazón en los brazos. Mi madre dejó su café en la mesa junto a mí y preguntó:

—¿Has recordado algo? —pregunta que creo será ahora la favorita de todos.

—No aún. He tenido una serie de imágenes de los días que pasé aquí, pero es todo.

Mi madre y Amelie se miraron entre ellas de una forma sospechosa. Quizás temían que yo hubiese recordado que Thierry había llegado con vida al hospital y que nos habían separado justo antes de llevarlo a cirugía. Pero no, en ese entonces, mi cerebro confundido estaba ocupado en llorarle al muerto que todos se habían inventado.

IX

Salí del hospital caminando. No quise ir en silla de ruedas; no porque no fuera cómodo, porque de hecho lo era, sino porque quería dejar de sentirme inútil y al menos usar lo que me quedaba de cuerpo para caminar.

Luego de llegar a casa, mi madre empezó a preparar la cena y Amelie fue directo a encender el televisor. No tuve ganas de encerrarme en mi habitación, así que me senté a su lado a ver nada, porque solo estaba cambiando de canal. Y eso estaba bien. Se sentía bien estar en compañía de alguien que aceptaba tu silencio como tema de conversación.

Cuando mi madre terminó, le pidió a Amelie que ayudara a poner la mesa. Antes de servir, llegó mi padre, entonces nos sentamos juntos a cenar. Yo tomé el papel de la persona que escucha.

Puse mi mejor sonrisa y actué interesada en lo que cada uno tenía por contar, aunque para el final de la cena ya no recordara nada. Pero algo tenía que hacer para conocer de nuevo a mi familia. Escucharlos resultaba un buen comienzo.

Eran las 8 de la noche y se les ocurrió ir a patinar a la pista de hielo de La Gran Plaza de Bruselas. Esta vez no me negué. Me ofrecí a acompañarlos, pero dejé muy en claro que no tenía intenciones de aprender a patinar.

Antes de llegar a la plaza, ya habíamos sufrido varios accidentes. La nieve volvía resbaladizo el piso y tropezamos en más de una ocasión. En esta excursión aprendí que mi familia estaba en contacto con la nieve de las montañas. Solíamos viajar por horas hasta encontrar los mejores sitios para esquiar.

Cuando regresamos a casa, nada había cambiado, a excepción de que ya no tomaría medicamentos y que ahora tenía en mi mente una tarde-noche que valía la pena recordar.

X

Pasaban de las 9:00 del siguiente día cuando desperté. El sol no tenía ganas de salir y debido a que continuaban las tormentas de nieve, el cielo seguía en completa oscuridad.

Bajé para ver si alguien estaba despierto, pero el olor a café terminó por despertarme a mí. Serví un poco en una taza y en eso escuché que se aproximaban. Al igual que el sol, que seguía escondido entre las nubes, así seguíamos todos en pijamas.

Traté de ayudar a mi madre con el desayuno, pero entorpecía todo preguntando dónde estaba cada cosa. De cualquier forma, al final el resultado fue delicioso.

Amaba que para ellos era fácil hablar y hablar más, que no me hacían preguntas y que me hacían reír mucho.

Ya cuando terminamos fue sencillo colocar cada cosa en su sitio porque ahora, luego de tanto preguntar, ya sabía dónde iban.

La cocina quedó impecable, justo como estaba en la mañana. Me serví lo último que quedaba de café y, en voz muy baja, acercándome a mi madre, le dije:

—¿Crees que tienes tiempo para mostrarme algunas fotos?

Yo no había dicho mucho en toda la mañana, pero esas ocho palabras fueron suficientes para hacer a mi madre feliz. Terminamos todos viendo fotos. Me contaban a su manera la historia que había detrás de ellas y yo intenté guardarlas bien en mi memoria. Se acabaron los álbumes y al final quedó uno que tenía de portadas algunas cosas relacionadas con viajes. Sentía que ahí dentro estaba una parte de mi historia y no sabía muy bien si quería abrirlo.

Dudosa, lo tomé entre mis manos. Mi padre hizo un sonido con la boca, como pidiendo que todos se alejaran de mí. Se fueron y me quedé sola con mi indecisión. Luego de intentar, me ganó la cobardía y no lo abrí. A veces el mundo te permite tomar el camino que lleva a no sufrir.

Dejé el álbum y con él, mi pasado, ambos sobre la mesa, en pausa.

Subí al cuarto de Amelie. Había decidido hacerle algunas preguntas sobre Thierry, ya era suficiente de vivir en suspenso.

Toqué y ella abrió rápido la puerta.

—¿Puedo pasar?

—No. —La miré extrañada por darme esa respuesta, hasta que se empezó a reír—. Claro que sí, tonta. ¿Para qué preguntas?

Amelie estaba escuchando ese tipo de rock que no se canta, sino que se grita. Tiene gustos horribles. No podía creer que fuéramos hermanas y que fuéramos tan diferentes. Corrió a bajar el volumen y nos sentamos en un lado de la cama. Fue entonces cuando lancé la bomba.

—Vine a que me hables de Thierry.

—No, Krist, ya discutimos eso. Pregúntame otra cosa.

—Te juro que no hay nada que yo quiera saber más que sobre la vida de Thierry. ¿Cuánto tiempo estuvimos juntos?

—El suficiente.

—Por favor, Amelie, eres mi hermana. No tengo a nadie en quien confiar.

—No puedo decirte porque me lo pidieron. Y con esos ojos y esa cara tierna, que se nota que no olvidaste cómo usar, me estás haciendo muy difícil cumplir mi palabra.

Me fui por donde vine sin decirle nada. Cerré con fuerza la puerta de mi cuarto y tiré una libreta de uno de los estantes llenos de libros.

Al abrirla, me di cuenta de que era mi diario.

¿Leerlo o no? Esa era la cuestión. Lo leería siendo otra persona quien lo escribió. ¿Que no era mejor empezar un diario en blanco?

XI

No abrí el diario y, así como el álbum de mi vida, lo dejé en la mesita de noche. Esperando, esperándome. Porque leerme dentro de él no me haría volver a ser yo.

Comí con mi familia y me invitaron a visitar a la abuela, pero dije que no. Seguía sin querer ver a nadie. Aproveché mi soledad para salir a dar un paseo idéntico al de la otra noche.

Terminé por sentarme en una plaza y lo malo o bueno de ellas, dependiendo de cómo lo vea cada persona, es que te envuelven en su ambiente lleno de paz. Tardé un rato en regresar a la realidad antes de poder levantarme y caminar de regreso.

Memoricé el camino porque conté los pasos. Me ayudé de los colores de las casas y sabía dónde girar, dónde me esperaba la siguiente calle.

Cuando llegué a casa, vi la camioneta de mi madre estacionada en la esquina.

Entré y, al pasar por la cocina, los ojos de todos se clavaron en los míos. Me di cuenta de que, justo como en la noche anterior, nadie había notado mi ausencia.

—¿Dónde estabas? —cuestionó mi madre en un tono poco amable que me hizo responder del mismo modo.

—Salí a dar un paseo.

—Pudiste haber dejado una nota o habernos llamado por teléfono. Nos tenías preocupados a todos.

—Bueno, ya estoy aquí.

Aproveché que se habían dado la vuelta para subir a mi cuarto y encerrarme.

Una vez adentro, recordé el diario y todo su contenido, como si su simple existencia llenara la atmósfera de dudas. También provocaba que se pausara esa canción, la melodía que vivía todo el tiempo dentro de mi cabeza, que me invadía y me tranquilizaba; era como una esperanza en mi corazón despedazado, una nota de dulzura dentro del tenebroso silencio de mi vida. Y pasaba que no se iba jamás.

Pero por más insistente que el destino fue, no abrí el diario ni vi fotografías de mi pasado.

A la mañana siguiente, de nuevo, no había nadie en la casa. Yo tenía que salir a hacer algo, porque la tortura del diario me estaba matando. La lógica de las cosas que me faltaban me exigía una explicación que yo no podía darle.

Pensé en tirarme por las escaleras, pero opté por quedarme a recorrer el resto de la casa.

Abrí la puerta que estaba al lado de mi cuarto. Todo estaba muy ordenado, tenía infinidad de libros y parecía que nadie había estado ahí al menos por unos meses. La pintura era muy fea, al menos a mi parecer. No conocía el nombre del color en ese momento, luego descubrí que era verde olivo. Y es un color bonito, pero no lo consideré correcto para decorar una habitación. Caminé y mi curiosidad se encendió con un montón de fotos que había en un corcho cerca de la cama. Amelie y yo estábamos en la mayoría sonrientes, felices. Parecía ser que siempre fuimos tres. Daynie era una parte de mí que sentía que me hacía falta y hasta ese día la encontré.

Supe el nombre de mi otra hermana porque en una de las paredes estaba en letras grandes. Ese había sido su cuarto.

Mi primer encuentro con ella antes de verla en fotos fue aquella llamada que decidí contestar después de que me hartara la vibración del celular. Me había preguntado que si yo seguía odiándola. Ese día no entendí ni una sola palabra de lo que dijo.

Al parecer, por alguna razón, yo había llegado a ese extremo. Pero no recordaba el cómo, ni las cosas buenas o las malas. Tampoco recordaba por qué odiaba a mi hermana. Eran esos momentos en los que me gustaba tener amnesia.

Cuando todo lo interesante que había en ese cuarto se acabó, decidí ir a espiar otro. Frente al cuarto de Daynie había otra puerta idéntica y, haciendo memoria, supe que era el cuarto de Amelie. Le di un mejor vistazo a todo y me siguió pareciendo horrible. Como ya había descubierto que odiaba el desorden, salí inmediatamente de ahí.

Seguí derecho aún en el segundo piso de la casa. A unos pasos de distancia, del mismo lado del cuarto de Daynie, me encontré con una puerta muy diferente.

Su decoración eran frases, dibujos e infinidad de cosas que me parecían hermosas. Y todo eso no podía ser más que obra mía, lo sentí. Segundos antes de abrir, consumida por completo por la curiosidad, escuché un teléfono. Sonaba desde el cuarto al final del pasillo. Corrí hacia él pensando que podrían ser mis padres quienes llamaban y respondí.

—Hola.

—¿Kristelle?

—Sí, soy yo. ¿Quién habla?

—Gustav, soy el mejor amigo de Thierry.

—Ah. Hola, Gustav.

—Kristelle, quiero decirte algo que tal vez no me corresponde, y sé que voy a meterme en muchos problemas, pero yo creo que es injusto que te mientan y esta no es la solución a nada.

—¿Que me mientan? ¿Quién? ¿De qué hablas?

—Lo que voy a decirte es muy difícil y no sé cómo vas a tomarlo, pero tu familia está mintiéndote.

—No inventes. Está bien que no recuerdo nada, pero no me harían nunca algo así. Te lo advierto, Gustav, cuida tus palabras.

Gustav suspiró y esperó un momento largo. Después soltó estas palabras como si fueran una granada a punto de destruirle la mano:

—Thierry no está muerto.

—Eres un cínico.

No podía siquiera articular una palabra, las lágrimas empezaron a brotar de mis ojos y no tenía manera de detenerlas.

—Me llamas para decirme que mi familia me miente y que Thierry no está muerto. ¿Que no tienes corazón? No, tal vez no puedo recordar nada, pero vi su cuerpo ensangrentado en el piso. Tengo aún el vestido negro que iba a usar para su funeral. Está afuera de mi clóset y no entiendo por qué estás haciendo esto, pero ojalá no puedas dormir por las noches.

Colgué e inmediatamente levanté el auricular para que no intentara llamar de nuevo.

Comparada con todo lo que pudiera decirles ahora, mi capacidad de insultar a la gente aquellos días era nula. Ojalá y yo hubiera cuestionado todo lo que Gustav me dijo. Ojalá hubiera buscado la verdad. Ojalá no hubiese estado tan ciega.

¿Qué me quedaba ahora? ¿Insultar a quien sí correspondía? ¿Reclamarle a cada uno por cada mentira?

XII

Me encontré con los rayos de la luna entrando a iluminar la habitación de mis padres. Fue así como descubrí un pequeño balcón que desde ese día se convirtió en mi sitio de refugio.

Lloré. Lloré por todo: por lo mal que me sentía, por la incertidumbre del qué será, porque no podía seguir cargando tanto dolor. No conté el tiempo, pero escuché cuando abrieron la puerta de abajo. Me apresuré a colgar correctamente el teléfono y hui hacia mi cuarto. Ya estaba más tranquila, había llorado tanto que no me alcanzaba a sentir mal. Pasé junto a la puerta que me había perdido de abrir por la interrupción de tan odiosa llamada y en ese momento odié a Gustav un poco más.

Luego de un rato, Amelie entró a mi habitación. Venía con un bote grande de helado.

—¿Quieres ir al cuarto de juegos? —preguntó con una sonrisa, levantando todo lo que traía en las manos.

—¿Cuarto de juegos? —pregunté.

—Sí, Kristelle. No digas que no.

Y así, sin más, solo la seguí. Era lo mejor que podía hacer. En realidad, era lo único. En cambio, Amelie podría haber ido a una fiesta. Era muy lindo de su parte quedarse a entretener a su hermana loca. Cruzamos medio pasillo y en eso me percaté de que ya sabía cuál era el cuarto de juegos. Sí, era aquel al que no entré.

Amelie abrió la puerta y dio un par de pasos hacia atrás para permitirme ver todo. Había un teclado con partituras encima. Zapatillas viejas colgadas decorando las paredes, vestuarios, barras de ballet y un espejo. Al cuarto lo dividía un vidrio y en esa otra parte había un televisor y un perfecto equipo de sonido instalado. También estaban unas bolas grandes y esponjosas que parecían ser sofás donde podías acostarte.

Mientras empezaba la película, mamá nos llevó palomitas y, por un momento —dos horas y media—, pude olvidar lo infeliz que era. Sin embargo, en ningún instante pude hacer que mi mente dejara de pensar en las palabras de Gustav. “Thierry no está muerto”, “están mintiéndote”.

Y me preguntaba entonces por qué él no venía a buscarme.

XIII

Mi madre entró desesperada y gritando a mi cuarto.

—¡Levántate, Kristelle!

Y tenía que obedecerla, ¿no? Giré mi cuerpo hacia la izquierda y en la esquina de una de las mesas de noche estaba una foto de Thierry a la que nunca le había puesto atención. “Tú eres el culpable de todos mis problemas”, pensé. ¿Odiarlo? Aquello era una perspectiva bastante difícil. No tendría caso alguno. ¿Amarlo? Pero si no sabía quién era o quién fue. Sin embargo, mi corazón no conoce de perspectivas y siente. No importa que no sepa el porqué, lo sigo amando y no tengo ni una sola gota de odio hacia él. De igual manera, si lograba verlo algún día, en el cielo o en el infierno, me encargaría de hacerlo sentir culpable por haberme dejado, aunque lo amase tanto.

Me di rápido una ducha y me vestí con lo más cómodo que encontré. Desconocía la ocasión, pero a juzgar por las cosas que sabía y las que no, decidí mejor ignorar mis pensamientos.

Mamá subió de nuevo y comentó que se estaba haciendo tarde. Sin más, empezó a tomar cosas de mi armario. Colocó una maleta casi llena sobre la cama y me pidió que terminara, que empacara uno que otro *outfit* casual de mi elección.

Terminé, tomé mi iPod y listo, bajé las escaleras y me dirigí al auto. Ya dentro, empecé a idear alguna forma exitosa de librarme del viajecito familiar. Pero la idea del millón de dólares jamás llegó. La alternativa más compasiva que encontré fue la de la resignación, y por compasiva no me refiero a un sinónimo de algo más sencillo para soportar.

Había subido al auto primero y tuve que esperar más de 20 minutos a que todos lo hicieran. Me parecía una especie de karma porque ya todos se habían encargado de recalcar que antes los que esperaban por mí eran ellos.

Cuando mi madre subió, me dio un café y unas galletas, pensando que ese era el desayuno perfecto antes de un viaje. Mi padre subió al auto tarareando una canción y alistando los pasaportes de todos. Amelie estaba conectando su *bluetooth* al carro y yo agradecí al universo por tener 100% de carga en mi iPod. Ya he dejado claro que la música que

Amelie escuchaba era fastidiosa, o peor aún, quizás tenía una *playlist* de canciones que solíamos cantar todos en los *roadtrips*.

Desde el accidente sentía que mi familia era pequeña, lo cual no siempre fue así. Daynie solía vivir aquí y, por lo que sé, su prometido pasaba mucho tiempo con nosotros. Sumándole que yo estaba todas las tardes con Thierry en casa, la sensación de familia pequeña no solo me invadía a mí.

Daynie vivía en Canadá, en Toronto, desde que se casó. Pero deseaba de verdad que no la extrañaran tanto como para ir a visitarla. No estaba para convivir con más desconocidos que hacen llamadas perturbadoras.

Iba a ser muy extraño tener que pasar tiempo con ella, pero visitarla era la posibilidad más cercana que encontraba. No había ninguna otra razón para viajar más que esa.

¡Eran días de viaje! Recuerdo estar observando mis manos, sudando insistentes. Amelie me vio tratando de correr el sudor hacia los dedos, movió el pie impaciente y, como dejando salir de su pecho algo que la oprimía, le dijo a mamá:

—¿Puedes decirme ya a dónde vamos?

—A Nueva York, Amelie. Ya te lo había dicho.

—Pensé que era una broma. ¿Qué quieres ganar con esto, mamá?

—No quiero que digas ni una palabra más —dijo volteando a ver a Amelie con una mirada recriminante que hasta ese momento yo desconocía.

Su reacción me hizo pensar en que fuera lo que fuera que nos llevara de Bruselas a New York, debía ser importante, y quizás tenía que ver conmigo. Me sentía mal por meterlos a todos en problemas.

Al llegar al aeropuerto de Bruselas, empecé a sentirme muy incómoda. Había demasiada gente, toda muy apurada. Corriendo de un lado a otro con maletas y prisa.

Mis padres se encontraron con varias personas que estaban esperando ahí, lo cual volvía todo el doble de extraño.

Me dieron mi pasaporte y yo sola me acerqué al mostrador para entregar mis maletas. La señorita tomó mi documento y no me hizo ninguna pregunta. Pegó dos etiquetas en las maletas y me dio mis pases de abordar. Y sí, era así. Pasaríamos una semana entera en Nueva York.

Luego de ver el pase de abordar, puse mi mirada en Amelie y la seguí como un perro recién llegado a su nueva casa. Hacía lo mismo que ella, antes de que me tuviera que decir cómo hacerlo. No quería hacer todo ese proceso más lento de lo que ya era. En silencio, la imité hasta llegar a la sala de espera.

Amelie tenía la mirada perdida y se veía muy nerviosa. Ella sabía que yo estaba conteniendo el interrogatorio que

me agobiaba, pero que estaba a punto de salir. Retiré uno de sus audífonos sin advertirle y ella giró rápido su cabeza.

—Kristelle, ¡odio que hagas eso! Vaya. —Comenzó a reír—. Supongo que lo seguirás haciendo, antes hacías eso todo el tiempo. —Sus ojos se iluminaron.

—¿Qué vamos hacer en Nueva York y quiénes son todas estas personas?

Había notado que la mayoría eran mujeres delgadas y todas caminaban como si estuvieran bailando.

—No me creerías, aunque te lo dijera. Y ya me he metido en suficientes problemas por ti. No voy a decirte nada. Si quieres, ve a preguntarle a mamá. Yo ya te veo muy bien, haces las mismas cosas de antes; ya no pienso mostrarte compasión.

—Oye, no es mi culpa, nada de esto es mi culpa. De verdad, Amelie, no te pediré nada nunca. Solo dime.

Pero ella ya se había colocado de nuevo sus audífonos, ignorando mis palabras azucaradas.

Mi padre miraba en nuestra dirección y cuando lo descubrí, me miró como diciendo “ni lo pienses”. Después se giró y siguió platicando con el padre de otra chica.

La música se había convertido en mi gran aliada. Subí el volumen al máximo y esperé, como todos los demás, al avión por aterrizar y a los recuerdos por regresar.

XIV

Me sentía observada. Todos tenían su vista puesta en mí, pero cuando mis ojos alcanzaban los de ellos, bajaban la mirada. Uno que otro parecía querer acercarse; luego volteaban a ver a Amelie o a mi padre y retrocedían. Uno tiene mucho tiempo para observar cuando espera.

Creo que mi familia consideraba benéfico para mi condición tenerme en el exilio, era por eso que nadie me hablaba.

—Podríamos ir a comprar un libro, hay varias tiendas aquí. —Se acercó mi madre tomándome desprevenida—. El viaje es muy largo.

—Sí, creo que es una buena idea. Puedes recomendarme alguno que no haya leído ya.

—Eso es muy sencillo, pediremos el más nuevo.

La búsqueda del libro fue más entretenida de lo que pensé. El señor que atendía de verdad

disfrutaba su trabajo y me dio algunas buenas sugerencias que me apuré en apuntar en las notas de mi celular. Finalmente, él y yo nos habíamos reconciliado, ya no estaba sonando todo el tiempo; la gente se había cansado de insistir.

Regresamos y era hora de abordar el avión. Tomé mi libro y un café que mi padre se había tomado la molestia de comprar, y subí para encontrar mi asiento en el avión: 21A. Por más tiempo de lo normal los dos asientos junto a mí estuvieron vacíos. Casi terminaba de llenarse el avión cuando de repente un chico llegó a sentarse dejando solo el asiento de en medio.

Hasta el momento en que el avión despegó no habíamos cruzado ni una sola palabra. Sin embargo, el chico se quedó mirando la portada de mi nueva adquisición cuando la abrí. Soltó una risa ligera. Leí de nuevo el título *Largo pétalo de mar*. No entendía muy bien de qué podría estar riendo. De pronto, sacó de su mochila un libro idéntico al mío.

—Nadie puede enterarse de que estoy leyendo a Isabel Allende. Pero ese tipo de la librería me ha convencido de que es una de las mejores novelas de la historia.

—¿Y por qué no debe nadie enterarse de que la lees?

—¿No me digas que no has escuchado que dicen que es una lectura para señoras despechadas?

—Es el primer libro que leo de ella. No tengo una opinión al respecto.

—Bueno, creo que, en ese caso, estamos en los mismos términos. Pero no deja de ser curioso.

—¿Qué es curioso? ¿Que somos dos personas desconocidas? ¿Que tu lugar está junto al mío? ¿O que estamos leyendo el mismo libro? Si no te refieres a eso, entonces no tengo idea de qué sea lo que te parece curioso.

—Obviamente sabes. Lo curioso es que somos dos perfectos desconocidos que leen el mismo libro y que casualmente están sentados justo a un lado del otro en un avión.

No me esperaba esa respuesta. Él parecía uno de esos muchachos con la cabeza llena de pensamientos juveniles. Y, aunque tenía el don de convertir el sarcasmo en ironía, era divertido.

—Lo es, ciertamente lo es.

—Tú también eres de la compañía de ballet, ¿verdad?

—¿Ballet?

—Sí, okey, entonces supongo que no.

—No, en verdad, no sé a qué te refieras.

—Sucede que todo el avión está lleno de bailarinas de ballet. Creo que van a una presentación en Nueva York.

Tenía que estar jugando. Él y mis padres tenían que estar jugando. Yo sí era de la compañía de ballet, o al menos alguna vez lo fui, antes de terminar desquiciada por mi accidente.

Su rostro se transformó junto con el mío: mientras el mío expresaba terror, el de él expresaba duda. Traté de

disimular el miedo que me corroía por dentro y cambié el tema.

—¿Te está gustando? —dije volteando a ver el libro y levantando la ceja.

Platicamos por el resto del camino, hasta que me fue imposible seguir despierta. Luego puse algo de música. Había más de 700 álbumes para elegir. El primero era de Adele, *Twenty One*, ese llamó mi atención. Lo escuché sin pasar ninguna canción. Me reconfortaba escucharlo. No entendía por qué, pero la música siempre conseguía calmarme.

Cuando abrí los ojos, estaban sirviendo la comida. Me parecía todo en extremo elegante; comimos lasaña.

No veía la hora de bajar. Luego de compartir qué tan salada estaba la lasaña de cada uno, llegó por fin el momento de aterrizar. No sé si lo hacía siempre, pero me agarré de los descansabrazos y cerré los ojos; los apreté fuerte, al igual que mis manos. Era como si estuviera queriendo frenar el avión con la presión que yo ejercía sobre ellos.

—Gracias, señorita. Fue un placer compartir este agradable viaje con usted —dijo tomando sus cosas, pretendiendo tener prisa—. Por cierto, me llamo Louis Halbach, fue un placer conocerte.

—Kristelle Stemberg.

Se fue mirándome extrañado. Parecía que, de un momento a otro, todo le hacía sentido. La noticia de mi accidente estaba por algunas partes. Y mi nombre también.

A mí me regresó esa pesadumbre al cuerpo, ese miedo, esas ganas de enfrentarme a mis padres y de cuestionar qué era lo que tenían en mente. Entonces, el resto y yo bajamos del avión. Llegamos a un lujoso hotel. Mi madre me recomendó descansar. El *jet lag* estaba ya haciendo de las suyas. Y la verdad es que era una mala idea iniciar una discusión así de cansada.

Sin darme cuenta, me quedé dormida. Cuando desperté, la ciudad estaba vestida de noche. En el cuarto también estaba Amelie, quien tenía unos *noodles* en una cajita de comida china en las manos, la boca llena y los audífonos puestos. Parecía que hablaba con alguien por la pantalla de su celular.

—Ten, hay unos para ti también.

—Creo que aún no termino de digerir la lasaña, ¿ya puedes decirme qué estamos haciendo aquí?

—No, Kristelle. Y si no quieres comer, te sugeriría que te dieras un baño y volvieras a la cama. Mañana será un día largo —dijo, aventando una bata de baño sobre la cama.

El cuarto estaba a media luz, era acogedor. La vista de las luces de Nueva York era increíble. Entré al baño. El agua me ayudó a tranquilizarme. Dejé de pensar por un momento. Ya estaba ahí, había sido arrastrada por mis padres y no tenía a dónde correr. Entonces, como el agua, mejor flui.

XV

A la mañana siguiente, todo transcurrió tan rápido que no tuve oportunidad de ir calculando todo en mi cabeza. No tengo idea de cómo terminé en un camerino con mi bolso de bailarina bajo el brazo y vestida como una. Me quedé helada viendo cómo mi madre se iba dejándome en la entrada de un cuarto lleno de espejos y bailarinas corriendo en medias. Una pestaña en un ojo y el otro sin ella, peinados, tutús volando, zapatillas en el piso y con un nerviosismo muy contagioso.

Me quedé ahí viendo todo y a la vez nada. Hasta que una de las chicas me dijo:

—Ven, sígueme.

Ya había decidido no oponerme a lo que me pidieran, así que la seguí. Llegamos a un cuarto con una puerta que tenía mi nombre afuera.

—Este es tu camerino, Krist. Dime si necesitas algo. Aunque yo te veo lista. *Break a leg*—dijo y se alejó corriendo.

Luego descubriría que ella solía ser mi mejor amiga dentro de la compañía. Estuvimos juntas desde nuestra primera clase, justo después de haber cumplido los 3 años. Yo no la reconocí.

Abrí la puerta con temor, pero todo parecía tranquilo ahí adentro. Me recosté en el sillón por un momento hasta que alguien tocó y entró a decir que faltaban 10 minutos para empezar, que calentara. La misma persona me ofreció ayuda y contesté que no.

Me levanté y lo primero que vi al girar la cabeza a la derecha fue una barra de ballet. Me acerqué a ella lentamente, como si me estuviera llamando. Recordé en el momento perfecto lo que siempre dicen: “el músculo tiene memoria”. Ojalá los míos no la hubieran perdido.

Comencé a estirarme siguiendo solo los movimientos que mi cuerpo conocía. De repente, entraron unas chicas guiándome hacia el escenario. En ese momento todo en mi cabeza salió del trance y comenzó a funcionar correctamente.

—¡Esperen, esperen! ¿Qué estamos haciendo? ¿Cómo piensan que voy a bailar si no recuerdo los pasos? ¿Me puedo quedar atrás?

Pero ya me habían dejado.

XVI

¿Y qué iba hacer ahora? Las cortinas, como las puertas de mi vida, se encontraban todavía cerradas. En lugar de causarme alivio, una sensación de claustrofobia y falta de aire se apoderó de mí. Era como si hubiera llegado a ese lugar porque mi cuerpo se había desconectado de mi cerebro por el tiempo suficiente.

Volteé aterrada a ver a las demás. Estaban todas tiesas, haciendo una pose particular. Sabía que nada de lo que hiciera me rescataría de la situación en la que estaba. Que no me quedaba alternativa alguna, más que fluir. Quizás si permanecía en esa posición mientras ellas bailaban nadie notaría mi torpeza y saldría de ahí cuando volvieran a cerrar el telón. Intenté copiar exactamente cada detalle de la pose de las demás: el brazo derecho arriba, con la mano torcida y un

dedo ligeramente asomado de los otros, que parecían caer. El pie izquierdo torcido igual que la mano. Al hacer esto, sentí una presión en el pulgar y caí en cuenta de que tenía mis zapatillas de punta. Exacto, bailar encima de estas herramientas de tortura era un suicidio garantizado.

Una vez lista, vi que el telón seguía cerrado y, de repente, una melodía empezó a inundar todo el lugar. No era nada menos que aquella melodía que había rondado mi cabeza desde el día que desperté sin saber quién era.

Y tan automático como respirar, cada paso, cada movimiento, cada una de las sensaciones que debían estar, estuvieron. Sí, el cuerpo tiene memoria y recuerda cuando el cerebro no.

Empecé a bailar como si no tuviera amnesia, como si nunca hubiera estado en ese accidente, como si fuera yo otra vez y como si Thierry todavía estuviera vivo. Todos se habían ido. Éramos yo y mi cuerpo, yo y mis zapatillas de punta, bailando, viviendo, recordando.

El estruendo del aplauso y la ovación del público me sacaron del trance. Se cerró el telón una vez más, pero con él se abrieron las puertas de mi vida. Ya no tenía miedo. Corrieron todas a abrazarme, como esperando que la amnesia también se hubiera ido junto al miedo. Quizás en el fondo también yo lo esperaba, pero no fue así. Lo único nuevo y diferente era que ya no era más una simple joven

con amnesia. Ahora era una bailarina de ballet con amnesia que había recordado cómo bailar en zapatillas de punta.

Tiempo después, me enteré de que mis padres estaban tratando de probar un punto, de los tantos que escucharon sobre mi caso. Decían que si sometías al cuerpo a suficiente adrenalina, en un ambiente conocido, estimulando las sensaciones correctas, la mente misma se forzaría a recordar. Había ensayado diariamente por más de un año esa pieza. Así fue cómo las memorias dentro de mi inconsciente se hicieron presentes aquel día.

XVII

Cuando bajé del escenario, estaban mis padres esperando con lágrimas en los ojos y un ramo de flores en las manos. Me abrazaron todos y juntos lloramos. De emoción y de esperanza.

Amelie me acompañó al camerino y me ayudó a ponerme mi vestido para la cena de gala. No me despegué de mi familia ni un segundo y, aunque dejaba que las personas se acercaran a mí para felicitarme, no puse atención a nada de lo que decían. En mi mente yo seguía bailando. Me aterraba la idea de olvidar lo que ya había recuperado. Y esa canción, esa canción que era ahora mi arma secreta, mi sello personal. Podía volver a ella siempre como la marea vuelve al mar.

Cuando íbamos de camino al taxi que nos esperaba para transportarnos al hotel, me recibió la luna con una gran sonrisa. Le agradecí

a su magia y a los astros, porque entendía que aquella noche todo había estado de mi lado. Y, como si su luz fuera la del reflector, decidí que mi pasado se quedaba ahí, atrás del telón, donde pertenece. No lo recordaba, pero tampoco necesitaba hacerlo. Desde ese día vi lo que tenía enfrente. Tenía un mundo de posibilidades por delante y una vida con la cual podía tomarlas o dejarlas ir. Me abrí a la oportunidad de existir.

Disfruté el resto de los días junto a mi familia; fue un viaje que nos unió más que nunca. Descubrimos Nueva York y su pizza, su Broadway y su Times Square, que nunca duerme.

Había dejado con éxito el pasado. No me pesaba y no me había costado tanto trabajo. Me bastó tomar la decisión para lograrlo. Escuché varias veces que la gente me decía lo obstinada que era. A mí me gustaba considerarlo voluntad.

Siempre caminé con los ojos cerrados hacia lo que sabía que quería y lo alcancé.

Pero Thierry era una cuestión muy diferente. No había dejado de pensar en él y, sin saber cómo, sabía que lo seguía amando.

Tomamos nuestro extenuante vuelo de regreso a Bruselas. Los asientos a mi lado estaban todos vacíos, lo cual agradecí. Dormí lo más que pude, pero no dejaba de soñar con la imagen que yo me había creado de Thierry. Al menos en mis sueños no había muerto.

Cuando cruzamos París, las luces del avión se encendieron. Tomé los audífonos y pasé el resto del camino escuchando a Adele; me prometí que sería mi nueva tradición, escuchar *Twenty One* por el resto de mis vuelos.

Regresamos a la casa muy cansados. Tomamos una siesta y despertamos lento hasta el atardecer.

Cuando bajé a la cocina, encontré a Matthieu esperando, deseoso de escuchar todo. Mi madre había preparado la comida y nos sentamos juntos. Mi familia le contó a Matt las maravillas de Nueva York y yo me limité a comer.

Matthieu se ofreció a llevarme a mi museo favorito al día siguiente.

XVIII

Me había dormido con una ilusión que tenía mucho tiempo sin sentir. La agenda de mi vida ya no estaba vacía, la vida me había empezado a escribir planes y además quería seguir bailando.

Desayuné con mis padres y Amelie se ofreció a ayudarme a vestir para mi día con Matthieu. Ella aseguraba que esa era la forma en que yo acostumbraba a vestir antes y como me sentí a gusto, la realidad es que no la cuestioné. Bajé y Matthieu ya estaba esperándome en la escalera.

—Bien, al parecer tendremos que acostumbrarnos a la nueva tú. Empezando por tu nueva forma de vestir.

Giré mi cabeza para ver a Amelie, quien venía bajando detrás de mí. Ella solo fingió voltear a otro lado y yo me limité a sonreír de nuevo. Me

veía bien, me sentía bien y qué más daba si eso era lo que antes solía vestir o no.

—Entonces, fuiste todo un éxito en New York, ¿eh?

—No sé, porque yo no me vi.

—Pues tu padre me mostró un video y te lo digo yo, no porque sea tu mejor amigo, aclaro: bailaste mejor que nunca.

—Creo que el que seas mi mejor amigo no ayuda a que crea tus comentarios.

Llegamos al museo y, justo al bajar del auto, empezó a caer una lluvia ligera que nos mojó un poco.

Caminamos hacia la entrada principal. Matthieu no quería que me perdiera de ninguna experiencia y esta iniciaba ahí. El edificio era quizás del tamaño de mi amnesia, por decir que era grande. Era blanco, como el de mi escuela, pero esta vez no era tenebroso. Era un blanco lleno de incertidumbre, esperando a ser resuelto. Matthieu compró los boletos y entramos a recorrer los Museos Reales de Bellas Artes de Bélgica.

—El museo se divide en seis partes, tú tienes un pase anual. Yo compré únicamente mi boleto ahorita para el Museo de Arte Antiguo, que es tu favorito. Tiene pinturas del siglo XV al XVIII. Podríamos pasar de dos a cinco horas en él, pero eso lo decides tú. Cuando estés lista, podemos ir a comer o hacer algo distinto. No sé por qué te gusta tanto

este lugar. Desgraciadamente, nunca te lo pregunté, así que veamos qué te parece ahora.

Desde que entramos, Matthieu me dejó observar a detalle el lugar. Estábamos rodeados de un silencio en el cual solo escuchamos nuestros pasos. Del piso se levantaban en cada pasillo dos grandes cilindros de mármol negro que lo sostenían todo, como a la antigua Grecia. Dentro, los colores se mezclaban de una manera extraordinaria y te invitaban a relajarte como si uno mismo fuera parte del lugar. Después de pasear y ver las obras de arte de más de 15 pasillos, llegamos a una pintura que me hizo querer quedarme más tiempo. Matthieu esperaba atrás de mí, como en las obras anteriores, pero en esta, se acercó a decirme algo al oído.

—Esta es tu pintura favorita en todo el museo, pasabas horas aquí. Ha tenido algunas restauraciones y tú sabías toda su historia. Te encantaba mirar las diferencias que existen entre esta versión y la original. Me alegra tanto que te hayas quedado más tiempo que las demás para apreciarla, creo que eso significa que no todo se ha ido de tu mente, Kristelle.

Volteé a verlo con lágrimas en los ojos y lo abracé. El arte me hacía sentir que por fin había llenado un vacío que no sabía cómo empezar a completar.

Seguimos recorriendo el Museo de Arte Antiguo y después de unas horas, Matthieu sugirió que nos pasáramos al

de Arte del Fin de Siglo, donde me gustaba ir a ver la exposición de arte moderno. La temática del día cambió mucho, pero me gustaba también ver cómo se manejaba el arte en nuestros días. Me quedaba claro que el pasado no se puede modificar sin afectar del todo una pintura. Pero el futuro creaba y ofrecía nuevas formas de creación. Había encontrado ya mi forma de hacer arte, bailando. Y había llenado el vacío que me quedaba con el arte de nuestros antepasados.

—¿Te gustaría ir a comer a tu restaurante favorito? Hice una reservación, pero entendería si estás cansada.

—No, Matthieu, ja, ja. ¿Cómo podría estar cansada de conocerme a mí misma?

XIX

Ya había dejado de llover. Matthieu me tomó de la mano y me dijo aturdido, mirando hacia todas las direcciones en el estacionamiento.

—No te asustes, pero no recuerdo dónde dejamos el auto.

—Yo lo recuerdo, no te preocupes —dije con una gran y sincera sonrisa en mi rostro.

Encontré el auto satisfactoriamente y en el camino al restaurante tomé mi celular y lo conecté para dejar de escuchar las aburridas canciones que tenía Matthieu en el suyo.

—Sigues sin disfrutar de mi música, ¿verdad? Tenía la ilusión de que eso fuera diferente esta vez.

—¿Qué más esperas que cambie esta vez? —pregunté.

—Ja, ja. Era obvio que ibas a preguntarme eso, Kristelle. Despreocúpate de eso. Tú, yo y la Kristelle del pasado sabemos que entre nosotros no puede haber más que una amistad. Soy tan tu mejor amigo que sé, sin que me lo digas, que sigues amando a Thierry, y yo estoy enamorado de alguien más. No te conozco desde niños por nada; nos conocemos para salvarnos el uno al otro y también de nosotros mismos. Confía en mí.

—Es que en verdad sigues teniendo un gusto musical horrible —dije para romper el tedio del momento.

Llegamos al lugar. Desconecté mi celular y Matthieu me abrió la puerta para darme la mano otra vez. Me detuve un segundo en sus ojos, donde logré ver a alguien que me admiraba; y yo empecé a tener a alguien a quien admirar.

—¿Estás bien?

—Claro, tonto; vamos.

—Matthieu Roux —dijo al llegar con la recepcionista, quien nos guio hasta nuestra mesa.

—Probablemente no cualquier tipo podría ofrecerme una maravillosa cita como esta.

—Obviamente, estás en las mejores manos —dijo guiñando el ojo.

La mesera llegó a presentarse con nosotros y se me quedó viendo extrañada.

—Hola, Kristelle. Qué gusto que estés aquí de nuevo.

Leí el nombre escrito en su uniforme y, pretendiendo saber quién, era le dije:

—Hola, Lena. Pasa que Matthieu me tiene secuestrada.

—Ya veo. ¿Y el señor Thierry dónde está? ¿Esperarán por él?

Matthieu se atragantó con el pedazo de pan con aceite de oliva y vinagreta que acababa de meter a su boca y dijo rápidamente:

—Solo seremos nosotros en esta ocasión, Lena.

—Bueno, me lo saludan mucho cuando lo vean.

Lena dejó los menús en la mesa y se fue. Esperé a que estuviera lejos y pregunté:

—¿Que nadie en esta ciudad sabe lo que le pasó a Thierry?

—Tienes una familia muy poderosa, por si no te has dado cuenta, Kristelle. Tu padre es el gobernador de Bruselas y su cámara de ayudantes no permitió que la noticia le diera siquiera la vuelta a la esquina. Mucha gente solo sabe que estuviste envuelta en un grave accidente, pero fuera de eso, no saben nada. Si quieres saber algo con certeza, pregúntame a mí.

Comencé a ver el menú sin entender ni una palabra. Sabía lo que eran los platillos, pero no recordaba su sabor.

—Yo puedo ordenar por ti, si quieres, Kristelle.

Y sí, solo él sabía lo que mi yo del pasado hubiera querido ordenar.

Después de un rato, Lena volvió para tomar la orden.

—¿Están listos para ordenar?

—Sí, Lena. La señorita va a querer *stoemp* como entrada y *frikadeller* como plato fuerte. Yo quiero la misma entrada y *garnaalkroketten*. También dos té helados con mucho hielo, por favor.

—Enseguida —dijo Lena con emoción, y se fue otra vez.

Afuera comenzó una lluvia que parecía no encontrar final.

—¿Sabías que es muy probable que te acepten en el Ballet de Nueva York?

—¿De qué hablas?

—Tu padre dijo que los profesores y la gente importante que estuvo en tu presentación le habían preguntado todo sobre ti. Tu padre supo disimular mucho lo de la amnesia. Claro, gracias a que bailaste espectacular. Él no quería que perdieras esa oportunidad. Tienes que tener en cuenta que es el sueño más grande que has tenido nunca, incluso desde antes de conocer a Thierry.

Yo no sabía qué responder. Era demasiada información por un día. No quise preguntar cómo es que debía enterarme si me habían o no aceptado. Estaba planeando dejarme fluir y eso frenaba mi plan.

Llegó la comida, caliente como las noticias que Matthieu ponía sobre la mesa. Me contó de mí, de mi personalidad, de mis grandes intenciones para con el mundo, de lo

buena que era y de cómo quería él que la gente dejara de aprovecharse de eso.

—Qué gran idea se me acaba de ocurrir. Tenemos que pedir el postre tradicional de Bruselas, hace tiempo que no lo como, ja, ja. Y, bueno, es uno de tus favoritos. Si por ti fuera, hubieras ordenado eso como plato fuerte.

Matthieu ordenó un *festive yule log*, del cual devoramos una parte y la otra la dejamos para llevar a casa.

No sé si la lengua también tiene memoria, pero definitivamente los sabores contienen recuerdos. Ese pastel me sabía a momentos de felicidad; me sabía a amor, me sabía a paz.

—Bueno, esta comida resultó todo un éxito. Ahora tenemos que irnos, porque mañana regresas a clases en la compañía. Mientras estás de vacaciones en la universidad, entrenas todo el día. Ve a tu ritmo, tampoco te fuerces, pero yo sé que lo harás bien.

Entusiasmada por la mañana siguiente, me encontré de vuelta en casa. Luego de tomar un baño y recostarme en la cama, decidí de una vez por todas reabrir mi cuenta de Facebook. Fue sencillo, pues el aparato recordaba todo lo que yo no y él solo escribió mis contraseñas.

Me abrumé después de leer 10 mensajes de felicitación por un video que había posteado mi padre de la presentación en Nueva York, así que solo decidí escribir:

“Regresé”.

XX

Al día siguiente, me aseguré de despertar temprano para alistar mis cosas para la clase de ballet. Había aprendido que bailar era una cosa, pero prepararte para hacerlo era otra muy distinta.

Bajé suponiendo que mi madre iba a estar despierta; tomamos juntas el desayuno. Me preparó un licuado con espinacas, plátano, granola, crema de cacahuete y leche; asegurando que era un desayuno completo y que solo era eso lo que tomaba antes de ir al ballet. Me empacó un lonche sencillo y se aseguró de que tuviera todo para iniciar mis clases intensivas del periodo vacacional.

Subí al auto y, mientras esperaba a mi madre, recibí un mensaje de Matthieu.

“Exitoso regreso el tuyo a las redes sociales, ¿no? ¿Qué planes tienes para hoy?”.

“No juegues, fue una publicación boba. Voy a mis clases de ballet, ¿y tú?”.

“Nada, jugar Xbox toda la tarde. Yo no soy un profesional del baile”.

“Suerte haciendo nada, entonces. Gracias por el día de ayer”.

“My pleasure”.

Cinco minutos después, mi madre subió al auto y me llevó hacia el estudio de ballet.

Respiré profundo tres veces antes de entrar, afortunadamente, era la primera en llegar. Luego de dejar mis cosas en una esquina, la maestra llegó a saludarme.

—Bienvenida, Krist. Creo que no tuve oportunidad de felicitarte el día de la presentación en Nueva York. Lo hiciste mejor que nunca. Probablemente ganes la beca y el lugar en la compañía; me estuvieron haciendo algunas preguntas sobre ti, pero desconocía si tomarías la decisión de regresar. Así que, si me permites darte un consejo porque quieres retomar tu vida y tus sueños, creo que estás dando el primer paso al llegar aquí. No te presiones, tómate tu tiempo, aunque ya nos dimos cuenta de que los músculos tienen memoria y supieron a dónde regresar. Te prometo que haré todo lo que esté en mis manos para que, llegada la hora, puedas irte a Nueva York lo mejor preparada posible.

Antes de que pudiera responder, empezaron a llegar mis compañeras. Me limité a ofrecerle una sonrisa y me senté en el piso a calentar.

“Dalila dice que acaba de llegar a clase, que va a ayudarte con todo y que no te abrumes”, decía un mensaje de Amelie que leí ya abrumada, con las zapatillas en las manos y pretendiendo saber qué hacer.

—¡Krist! Bienvenida, amiga. Te he extrañado tanto—dijo Dalila perfectamente vestida como toda una bailarina de ballet. Luego me abrazó fuerte—. Ven, vamos a los vestidores, que necesitas acomodar todo eso que traes mal puesto.

La acompañé sin pensar. Como dije antes, de ahora en adelante pensaba fluir. En esta ocasión pude aprender cómo vestirme y cómo colocar mis zapatillas. Dalila salió diciendo que al terminar la clase la esperara para ir a pedir nuevas zapatillas y que, si no tenía nada mejor para hacer, nos quedaríamos a coser las que ocuparíamos esta semana. Asentí y corrimos hacia el salón.

El pianista que tocaba la clase estaba de pie junto al piano y la mayoría de mis compañeros habían tomado ya su lugar. Dalila me tomó de la mano para escoltarme a mi puesto, en donde algunas compañeras se abrieron paso para dejarme el mejor sitio, frente al espejo, de lado, donde podía ver todo y seguir el ritmo de la clase. Dalila se quedó adelante, así podía copiar sus movimientos.

—*Cinq, six, sept, huit.*

Luego de aquel largo ensayo y del baile, me dolía todo el cuerpo. Me ardían los músculos cansados ya de recordar y me dolía mucho la cabeza por mi esfuerzo de memorizar cada uno de los movimientos y sus nombres. La maestra me había explicado la clase como si fuera una niña chiquita llegando a aprender, lo cual le agradecí con el corazón al terminar.

Dalila y yo fuimos en busca de nuevas zapatillas. Conseguimos tres pares idénticos a las que tenía puestas en ese momento. Alguien en el taller ya nos esperaba y conocía mi talla exacta.

Nos regresamos al estudio, que tenía una luz encantadora, pues era la del sol de la tarde, entrando a través de los grandes vidrios que daban hacia el jardín de la compañía.

Luego de comer el lonche, comenzamos a coser. Se nos fue la tarde en eso y ella me contaba de todo lo que debía hacer o saber, de todo lo que me aguardaba en aquel curso intensivo que acababa de comenzar. Además de algunas cosas sobre la compañía de Nueva York y lo emocionada que estaba por pensar en que ambas seríamos aceptadas. Dalila era chiquita, esbelta; su cabello castaño claro recogido en una cebolla la hacía verse espectacular. Para mí, ella era todo lo que una bailarina debe ser: delicada, precisa y suave.

Cuando terminamos, fui a los vestidores a ponerme mi ropa normal.

Más tarde, le conté a mi madre todo, como una niña saliendo del primer día de colegio. Le platicué sobre Dalila y lo que había dicho la maestra. Creo que mi madre estaba aún más emocionada que yo. Le daba tanta alegría que estuviera recuperando mi existir.

Amelie estaba en casa de unos amigos de la escuela, y pasaría unos días fuera de casa.

Luego de tomar un baño, bajé a cenar. Cenamos solo con mi papá; algo ligero, dijo mi mamá, por aquello de la rigurosa dieta que yo debía llevar y que ahora sí me ayudarían a retomar. Los doctores habían pedido no abrumarme con un régimen cuando no sabía ni mi nombre, y ahora que todo volvía a la normalidad, la correcta alimentación lo haría también.

Subí a mi cuarto y encontré de nuevo mi diario. Pero esta vez decidí abrirlo al azar.

XXI

“Estoy muy emocionada. En dos semanas más empieza mi viaje con Thierry a Brighton. Todos mis amigos estarán ahí. Sin duda, será el más hermoso de los viajes, solo con él; no necesito nada más en este mundo.

“En unos meses será la presentación en Nueva York, aunque es algo en lo que quisiera no pensar. He estado tan presionada aprendiendo todo; de eso depende mi futuro y el de Thierry, que han estado conectados desde aquel día en que lo conocí.

“Jamás había visto a alguien tan guapo por este vecindario. Ni en toda Bruselas, tengo que decir. Estaba a punto de empezar a correr cuando por error tiré mi celular al piso. Al levantarlo, mi mirada se cruzó con la piel desnuda del torso de Thierry.

“Luego de que me rebasara y yo llevara recorrido un kilómetro y medio, decidí cambiar de rumbo y lo encontré. Esta vez de frente, en la misma acera. Creo que sonrió y me gritó algo, pero yo estaba tan perdida en mi música que ni siquiera lo escuché. Me arrepentí tanto. Cuando volteé a ver si seguía donde mismo, se había ido. Sin embargo, antes de llegar a mi casa, escuché una alegre voz que jamás podré olvidar.

“—Sigues metiéndote en mi camino, ¿no?”

“—Qué tonto que pienses que lo hago a propósito para verte.

“—Apuesto a que es así. Igual no te preocupes mucho, estoy seguro de que nos volveremos a ver.

“Me pareció tan prepotente de su parte decir eso, pero había algo en su sonrisa que me hacía creer que no era un gran tonto después de todo. Lo seguí viendo en otras ocasiones desde la ventana. Yo me sentaba a leer a la hora en que él salía a correr. Se volvió una irritable distracción. Hasta que el primer día de clases, en esa nueva y escalofriante escuela, él era el único que se encontraba cerca para rescatarme cuando decidí perderme.

“Desde ese día y hasta hoy, 4 años *más tarde*, no he vuelto a ver a nadie más como a él. Y jamás me han mirado como él lo hace”.

Intenté seguir leyendo, pero las lágrimas cubrieron mis ojos hasta volverlo todo oscuro. Me quedé ahí sintiendo el vacío que recordar a Thierry seguía produciendo en mí.

Apuesto a que todas las páginas de ese diario estaban llenas de ese nombre, pero leerlo no iba ayudarme en nada. No había manera de que yo recordara, ni siquiera su voz, la que era imposible de olvidar.

Después de un rato sin poder dormir, por fin dejé de pensar en él y empecé a descansar. Mi madre me llevó al estudio y me alisté sola. Mis zapatillas ya estaban cosidas y listas. Yo no lo estaba tanto; había preparado un café, pero no había sido el suficiente. Fui al baño y mojé mi cara para despertar. Me coloqué en mi posición y empecé la clase haciendo un esfuerzo para concentrarme en los movimientos y así hacer a un lado mis pensamientos sobre Thierry.

A la hora del almuerzo, Dalila me llevó a una terraza para despejarnos un poco del cansancio de la clase. Cuando estábamos a punto de volver, recibí un mensaje de Matthieu.

“¿Quieres salir un rato cuando tu clase termine?”.

“Creo que sí. No pensé estar tan presionada por aprender. Necesito un respiro”.

“Bueno, tengo un plan, pero puedo escuchar sugerencias”.

“Tú estás a cargo”.

Terminé la clase muy cansada; pero estaba lista para salir al mundo y tener nuevos planes, después de muchos meses de que el único plan fuera estar leyendo en casa.

Mi madre pasó por mí y llegando me apuré a tomar un baño y arreglarme un poco, aunque no sabía muy bien a dónde iría.

“Llegué”.

“Ya bajo”.

Bajé las escaleras y me topé a mi madre, quien se me quedó viendo con el rostro iluminado.

—¿Vas a salir?

—Sí, *mom*, me gustaría despejarme un poco.

Corrió a abrazarme. A mí me dolía cada uno de mis músculos, pero la dejé hacerlo.

—Me da gusto que estés recobrando tu vida poco a poco.

Me separé de ella y comencé a caminar hacia la puerta, giré para devolverle una sonrisa y salí.

La tarde estaba rosa y Matthieu estaba de pie, afuera de su auto, cruzado de brazos, sonriente. El clima era perfecto y todo iba bien.

—¿Lista para una noche loca?

—Ja, ja. No, Matthieu. Solo estaremos afuera un rato. Mañana tengo que volver a clases.

—Cierto, olvidaba que eres la futura primera bailarina del Ballet de Nueva York.

—Ja, ja. Sí que eres un tonto.

Con ese atardecer rosa cruzamos la mitad de la ciudad. No entendía por qué teníamos que ir tan lejos, pero no me

quejé, porque al final fui yo quien dejó a Matthieu a cargo del plan.

El lugar estaba muy lindo, todo rodeado de plantas. Las mesas eran de madera y te sentías inmediatamente muy tranquilo.

Ordené la primera bebida que me pareció más interesante del menú. Estábamos solo Matthieu y yo hablando de cosas tontas y mirando videos de bailes graciosos cuando llegaron algunos de sus amigos. Matthieu me los presentó como si fuera la primera vez que los veía, pero yo recordaba algunos rostros de aquel terrible día en la escuela.

—¿Y cómo estás, Krist? —preguntó uno de ellos.

—Bien. Creo que el ballet y Matthieu están ayudándome un poco.

—¿Matthieu? Bueno, sería la primera vez que hace algo por la humanidad.

Como a eso de las 10:30 de la noche, empecé a caerme de sueño y Matthieu me atrapó bostezando. Pidió la cuenta, nos despedimos de todos y emprendimos el largo camino a casa.

Cuando llegamos, me acompañó a la puerta y se quedó mirándome.

—¿Sabes...? Cuando entré a verte al hospital —hizo una pausa, como buscando que las palabras fueran perfectas—, pensé que no volvería a verte. Quizás no recuerdas todo lo que te dije, porque lo primero que hiciste fue preguntar por...

—Okey, basta, Matthieu. Estoy luchando por dejar todo mi pasado atrás, así que preferiría no hablar más de eso. No ahorita.

—Claro, tienes razón. Perdóname.

Matthieu cargaba con la culpa de no decir la verdad. Trataba de arreglar su falta preguntando o hablando del tema para sanar un poco mi dolor. Pero no servía de nada. En esos momentos, mi confusión era demasiado grande como para imaginar siquiera lo que en realidad sucedía.

—No, no te disculpes más. Estos días contigo me han ayudado mucho; me alejas de cosas en las que no debo pensar.

—Pero a veces no es bueno dejar de pensar y solo tratar de dejarlo todo atrás, Krist.

—A mí me funciona. Me gusta y creo que es lo mejor para mí.

—Mientras te sientas bien, yo no tengo nada que opinar.

—Sí, esta es mi nueva vida. Gracias por quedarte conmigo.

No sé en realidad si estaba siendo injusta, porque al dejar mi pasado atrás estaba también dejando el pasado que todos los demás tenían conmigo, pero no podía sobre llevarlo de otro modo. Yo ya no era aquella Kristelle que ellos recordaban, era tan solo pedazos y, así como yo, ellos también tenían que conformarse con eso.

XXII

La semana transcurrió con normalidad. Mi madre me dejaba en la compañía y me recogía al terminar. Amelie aún no regresaba, entonces, después de tomar un baño y cenar, me ponía a leer. No me quedaban ánimos para nada después de tanto ensayar. Siempre decían que tenía que estar preparada para ser aceptada en Nueva York y que no podía llegar allá sin al menos perfeccionar la técnica de la clase que ya me daban ahí. Era tedioso, era exhaustivo, pero había vuelto a descubrir que aun después de mi amnesia, mi gusto por el ballet era puro y, hasta ahora, lo más real que me quedaba. Por muy cansada que estuviera, no estaba planeando dejarlo.

El viernes por la noche, después de tomar un baño, cenar y leer por dos horas, como se había vuelto ya mi ritual, desactivé todas las

alarmas y me dispuse a dormir como si estuviera en coma. Una semana siendo bailarina había bastado.

Cuando bajé a la cocina, por la mañana, encontré a Matthieu con mi mamá, ayudándola a hornear galletas. Había descubierto en él a una de esas personas que el mundo esconde. Alguien con quien uno quiere pasar el tiempo que le sobra. De las que no te aburren jamás.

—Hola, Matthieu.

—¿Cuándo vas a dejar de decirme Matthieu?

—No sé cómo quieres que te diga. Tu nombre es ese.

—Pero siempre me decías Matt.

—Bueno, ahora te voy a decir Matthieu. No es el fin del mundo.

—K, Kristelle.

—Ya, enfadoso. ¿Vas a desayunar conmigo?

—Sí, pero no aquí. ¿Qué tal si vamos a un café?, ¿gustas?

—Sabes que jamás voy a negarme a eso.

—Únicamente tengo una condición.

—Vaya, vaya. ¿Desde cuándo nos ponemos condiciones?

—Desde hoy.

—Está bien, tú ganas. Solo porque has sido muy bueno conmigo.

—Nos vamos en tu auto y tú manejas —dijo sonriendo al final de la frase.

—Me parece muy bie... ¡¿qué?!

—Kristelle, no voy a estar aquí toda la vida y tu mamá no te puede estar llevando y trayendo del ballet u otro lugar; es hora de que muevas tu auto otra vez.

—Estás loco, ¿lo sabías?

—Nunca dejas que lo olvide.

—No está bien que me chantajees con café para hacer algo que no quiero.

—Okey, no se hable más del asunto. Nos quedamos aquí y yo hago el desayuno para que tu mamá descanse.

—Mamá, ¿dónde están las llaves de mi auto?

Ella me miró con cara de “lo sabía”.

Corrimos al auto para ver quién llegaba primero, como niños de primaria. Ya arriba, Matthieu me enseñó todas las cosas que tenía que revisar antes de siquiera empezar y, mientras lo hacía, me dijo en tono serio:

—Kristelle, no es que yo quiera molestar. La cosa es que no voy a estar aquí la semana siguiente y no me gustaría dejarte sin la posibilidad de ir a donde quieras. Además, recuerda que tienes entrada libre al club de la ciudad y puedes ir a nadar o a comer ahí. No toda tu vida es leer, tomar café y bailar ballet. Si vas a empezar a vivir, pues ya es hora de dar otro paso adelante.

—No voy a decir nada porque sé que tienes razón. Pero vas a tener que enseñarme casi desde cero.

—Bien, la primera vez no fue tan difícil. No creo que la segunda lo sea.

Entonces, nos aventuramos en la travesía de cruzar media ciudad para llegar al café más precioso de Bruselas y desayunar. Normalmente costaría unos 10 o 15 minutos, pero yo me tardé alrededor de 25. La paciencia de Matthieu era increíble. Y hasta ese momento me sentí la persona más afortunada por tenerlo conmigo.

Después de estacionar mi auto con mucho miedo y siguiendo las instrucciones de Matthieu, él tomó mi mano y sonriendo dijo:

—¿Lo ves?, no estuvo tan mal.

—Al menos estamos vivos y mi auto no tiene ni un rasguño.

—Oh, vamos, manejar un auto automático es lo más sencillo del planeta.

—Bien, puede que para ti lo sea. De cualquier forma, ya tengo hambre. ¿Podemos entrar?

Entramos y cada uno de los dos ordenó algo diferente, sin saber que nuestra mañana estaba a punto de arruinarse.

Resulta que estábamos en medio del invierno y el clima de Bruselas no perdona. Estuvimos atrapados por un rato, mientras estaba de paso una tormenta.

XXIII

Pasó un mes y por fin el curso intensivo de ballet terminó.

Ya estaba acostumbrada a mi rutina y amaba en lo que mi vida se había convertido. Pero el vacío que dejaba Thierry seguía sin llenarse. Aún no había pasado un día en que yo no me despertara o acostara pensando en él. Me preguntaba si mi vida entera sería igual: un éxito profesional y familiar, pero carente de un amor verdadero.

Sabía que tenía una vida por empezar en Nueva York, pero Thierry seguía doliendo. No importaba incluso si alguien llegaba con una bola de cristal a decirme que me veía feliz y casada a los 40. En ese momento yo sentía que había perdido al amor de mi vida y que mi hilo rojo seguía atado a él.

Y entonces entendí por qué. Él no se había ido.

XXIV

Aquella mañana estaba siendo lo suficientemente caótica hasta el momento. No podía dormir más y bajé a la cocina. Descubrí a Amelie con un sobre en las manos y una emoción que no le cabía en el cuerpo. Trataba con mucho esfuerzo de no sonreír, pero no le salió bien.

—¿Qué pasa, Amelie?

—Nada, ja, ja.

Me le quedé viendo fijamente porque sabía que estaba ocultando algo, pero no logré descifrar nada. Luego de un momento, apareció mi madre detrás de ella tratando de contener las lágrimas.

—Anda, Amelie, dáselo.

Amelie pasó sus manos hacia adelante sosteniendo un sobre. Me puse muy nerviosa porque nada bueno proviene de los sobres así de blancos ni de las lágrimas de una madre. Quizás era algo

referente a Daynie, que tiempo atrás había anunciado su primer embarazo.

Luego recapacité y recordé que la tecnología es lo bastante poderosa como para contener una mala noticia en una carta y desde tan lejos. Mi mente siguió dando vueltas mientras mi madre trataba de recuperar el aliento. Podía ser incluso el resultado de un examen en donde dijera que jamás iba a recuperar la memoria.

Pero al mirar a mi madre con más atención, descubrí que no únicamente estaba llorando, estaba también sonriendo. Entonces, no podía ser algo tan malo después de todo. Solo pude abrazarla y tranquilizarla un poco.

Ella terminó de abrazarme, estiró su mano hacia mí y me entregó el sobre. Antes de eso, ya había alcanzado a leer el título. “New York City Ballet”. Entonces supe cuál era el contenido de la carta y mi madre también, por eso no podía dejar de llorar. Las compañías no mandan una carta para decirte que no tienes un lugar en ellas.

La abrí lo más rápido que mis manos me permitieron, como si las palabras se fueran a esfumar si no las leía de inmediato.

“Estimada Kristelle Stemberg, de la manera más atenta, queremos informarle a usted que ha sido aceptada para formar parte de la Compañía Nacional de Ballet de Nueva York. Mostrándole nuestras más sinceras felicitaciones, estaremos esperando ansiosos por usted dentro de las próximas dos semanas.

“Aquí abajo anexamos los números de teléfono de las personas con las que puede arreglar su llegada y acomodo en la ciudad”.

Lo único que pude hacer bien fue dejar de respirar. No sabía qué pensar ni qué sentir. Esto era lo que yo quería, lo que yo estaba esperando, pero que jamás pensé que se fuera a volver realidad. Y pasó, me sucedió a mí. Por más imposibles que los sueños parecen, el mío se había vuelto realidad, y ahora que lo tenía, no sabía qué hacer con él.

Había odiado a Daynie por irse lejos de nosotros para seguir a un canadiense. Pero ahora me iba yo, miles de kilómetros más lejos, a seguir mis sueños.

¿En dónde se iba a quedar mi corazón?

Volví a abrazar a mi mamá, porque sabía que esa era la primera de las últimas veces que lo haría, y lloré.

Después todo se nubló, al recordar que Thierry era la persona a la que hubiera llamado primero para contarle. Traté de no mostrar la tristeza que me invadió.

De repente, entró mi padre a felicitarme con globos y un pastel. Era obvio que ellos ya sabían la respuesta de la compañía, pero era algo genial que por lo menos las grandes noticias aún tuvieran que ser esperadas y entregadas en cartas.

Aquel, por mucho, se convirtió en el mejor día de mi vida. Aunque no terminó por ser así.

XXV

Después del festejo y las felicitaciones, mis padres y Amelie salieron a darle la noticia a la abuela. Yo me había quedado a limpiar y pensaba en subir a leer un poco. Pero el sonido del teléfono lo interrumpió todo. No quería contestar; nunca lo hacía, porque las personas que llamaban casi siempre se querían quedar a hablar conmigo.

Sin embargo, contesté pensando que sería mi hermana Daynie, quien seguro estaba ansiosa por felicitarme.

—No sé ni siquiera cómo decir esto. Sé que los doctores dijeron que había un 1% de posibilidad, pero Thierry despertó y está preguntando por Kristelle —dijo una voz agitada detrás del teléfono.

XXVI

Kristelle entró en shock y en su cabeza todo empezó a dar vueltas. No sabía si se había quedado dormida, no sabía si estaba sufriendo un infarto, pero algo no andaba bien. La estaba derrumbando esta noticia. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Ir al hospital a comprobar con sus ojos que Thierry no estaba muerto? ¿Pedir una explicación a todo aquel que le mintió? Sus piernas estaban temblando, pero, aun así, buscó cómo levantarse del piso, apoyándose en la mesa.

Sin poder aún asimilar la situación, fue a sentarse en una de las sillas. En la mesa seguían el pastel y los globos que parecían estar atados al piso. Kristelle quería reventarlos y tirar el pastel a la basura, pero eso no cambiaría nada.

Todas y cada una de las personas que conoció y reconoció después de su accidente se habían

sumado a la tarea de preparar e incluirla en una película. ¿Cómo sabrá ahora qué fue verdad y qué no? Los cimientos de su nueva existencia se habían reconstruido en una base de mentiras.

Subió a su cuarto y del clóset tomó una pequeña maleta. Metió solo suficiente ropa para su primera semana en Nueva York. Dejó todo en ese cuarto. Dejó todo en esa casa. Toda la tristeza que un día la acompañó.

Se decidió a ir en busca de Thierry para verlo vivo. Sin un plan exacto para hacerlo, pero decidida. Aturdida, recordó una visión de los días en que estuvo en el hospital; quizás, si el destino no era lo suficientemente malo, Thierry estaría en el mismo. La pulsera la había guardado en el cajón de la mesita de noche, junto al diario. Entonces, la sacó.

“Brussels Saint-Luc University Hospital
Kristelle Stemberg - 19 años”.

Por fortuna, ya sabía manejar y no necesitó la ayuda de nadie. Todo el camino se le había ido en pensar qué diría al llegar.

“Hola. Soy la novia, bueno, exnovia, del paciente Thierry, a quien casualmente daba por muerto. Pero ahora me llamaron para decirme que se despertó y que está preguntando por mí. ¿Puedo pasar a verlo?”.

XXVII

Y funcionó. No todos los días se despertaba una persona de un coma, y menos una que tenía solo el 1 % de posibilidades de hacerlo. Quizás también ayudó que Kristelle estaba temblando, en shock y fuera de su realidad. No tenía idea ni de cómo había manejado hasta el hospital. Todo se le había vuelto borroso, como si hubiera regresado a la burbuja de cuando despertó.

—Sí, Thierry está preguntando por Kristelle y tengo permiso para dejarla pasar. Solo necesito que me muestres tu identificación.

Por suerte, traía una y además tenía la pulsera que ya era cómplice de todo. Mostró ambas cosas y, con una gran sonrisa en el rostro, la enfermera le dijo:

—Pasa, está esperándote.

Dicen que cuando estás muriendo ves tu vida pasar en un segundo. Eso era lo que estaba

pasando por la mente de Kristelle, todo: el accidente, aquel invierno, Matthieu, su nueva vida, Nueva York... y Thierry.

Ahí estaba él, en una bata blanca jugando a pasar un balón de fútbol americano a alguien, como si nada sucediera, como si ninguno de esos días sin él hubiese pasado por la vida de Kristelle. Mientras a ella volvían todos sus recuerdos y cruzaban como si fueran los últimos segundos de su vida. Era como si al ver a Thierry sus pensamientos y memorias se hubieran reiniciado de forma correcta y ahora estaba todo ahí, de nuevo. No faltaba nada.

El llanto casi la deja sin respiración, trataba con lo más profundo de su ser dejar de llorar, pero no podía. Simplemente no.

¿Qué iba a decirle ahora? ¿Qué explicación tenía al hecho de que había sobrevivido sin él? Que él había estado tendido en una cama sin su mano sujetándolo fuerte, sin ella leyendo cualquiera de sus libros favoritos. Todo el amor que aún sentía se había quedado intacto y resurgía.

A la distancia, Kristelle escuchó entonces cómo Thierry volvía a preguntar por ella, volteando hacia la puerta, esperándola. Y ahí es donde estaba, mirándole también. Era el momento preciso, el momento en el que el destino decidió cruzar sus miradas otra vez.

Lo único que él deseaba era abrazarla. Ella, por inercia, caminó para encontrarlo. Se fundieron en el más sanador de los abrazos, un abrazo que contenía todo. Recordaron

cada beso; cada uno de los días que se habían tomado de la mano; el accidente; las largas tardes de museos; las noches de películas y helado; los días fríos esquiando, viviendo por amor, durmiendo por soñar el uno con el otro, estar cerca respirando el mismo aire.

Aún como si su cuerpo no dependiera de las órdenes que daba su mente, Kristelle salió corriendo, todavía llorando, esperando que cuando Thierry entendiera todo lograra perdonarla por huir.

Iba sin mirar atrás, corriendo de la mano de la nada hacia la incertidumbre. Cuando de repente Matthieu la detuvo. La sujetó y la abrazó. Ella necesitaba también de ese abrazo, pero después lo soltó. Quería cortarlo en pedacitos. En su lugar, lo miró con el desprecio que él se merecía y se fue. Nadie la iba a detener.

Y nadie lo hizo. No volvió a ver a su familia. Ella, junto a su maleta de 10 libras, voló sin dar explicación alguna.

Era obvio que no habían querido lastimarla, que no se pueden conocer los planes infinitos del destino. Lo único que habían hecho era tratar de protegerla de un dolor mayor.

Un 1% era el tamaño de las posibilidades que tenían para volver a estar juntos; aun así, el 99% que estaba en contra fue el que perdió.

XXVIII

Luego de un mes de estar en la Compañía de Ballet de Nueva York, un día, Kristelle volvía a su departamento a descansar, cuando, de la nada, recibió un mensaje en su nuevo número de celular.

“Kristelle, no olvides recordar.

T.”



Este libro pertenece a la colección “LETRAS DEL DESIERTO”, cuya convocatoria fue lanzada por el Instituto Municipal de Cultura de Saltillo en febrero de 2022, como parte de los esfuerzos permanentes del R. Ayuntamiento de Saltillo para promover y hacer accesible a todos los públicos la cultura y el arte de los creadores de nuestra ciudad.

El tiraje consta de 500 ejemplares, y se terminó de imprimir en septiembre de 2022 en Quintanilla Ediciones.

Cuidado de la edición:
Gabriela Romero Pinto.



LETRAS
DEL DESIERTO



Saltillo
Gobierno Municipal
2022 - 2024



Saltillo nos une.



Instituto Municipal
de Cultura